

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 8

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

CUARÓN Y OTRAS MIRADAS MEXICANAS



★ 7 de mayo ★
★ **Novia que te vea** ★
★ *Guia Schyfer* ★
★ México 1993 114 mins. ★

★ 14 de mayo ★
★ **Y tu mamá también** ★
★ *Dir. Alfonso Cuarón* ★
★ México 2001 105 mins. ★

★ 28 de mayo ★
★ **Km 31** ★
★ *Dir. Rigoberto Castañeda* ★
★ México-España 2007 ★
★ 105 mins. ★

★ 11 de junio ★
★ **Cronos** ★
★ *Dir. Guillermo del Toro* ★
★ México 1992 95 mins. ★

**ENTRADA
LIBRE**

VELARIA DEL EDIFICIO 9

**Miércoles
19:30 hrs.**

Dirección General de Difusión y Vinculación

Departamento de Difusión Cultural
Edificio de Vinculación Tercer Piso
Tel. 910-74-00 Ext. 9030



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

DIRECTORIO

Mario Andrade Cervantes
Rector

José Luis García Ruvalcaba
*Decano del Centro de las Artes
y la Cultura*

Ana Luisa Topete Ceballos
Jefa del Departamento de Letras

Victor Manuel González Esparza
*Director General de Difusión
y Vinculación*

Martha Esparza Ramírez
Jefa del Departamento Editorial

PIROCROMO

Brenda Muñoz Martínez
Editora

Sandra Montserrat Fernández Romo
Editora adjunta

Consejo editorial
Alexia Berenice Cajero Salazar
Aram Alfredo Hernández Martín
Cristina Alejandra Gómez Rangel
Diana Patricia Lara Lara
Erwin Alonso Ramírez
Estefanía Martínez Medina
Fausto Enrique Méndez Batres
Luis Leonardo Durán Siqueiros
Mario Antonio Frausto Grande

Consejo consultivo
Ana Luisa Topete Ceballos
Joel Grijalva
Jorge Ávila Storer
M^a Guadalupe Montoya Soto

Consejo honorario
Luis Roberto Bolaños Godoy
Vanessa del Rocío Alonso Caldera

Diseño gráfico
L.D.G. María Estela González Acevedo

Contacto
revistapirochromo@gmail.com

Sitios web
picrocromo.wordpress.com
revistapirochromo.blogspot.com
http://www.facebook.com/revistapirochromo
https://twitter.com/PIROCROMO

* *Picrocromo* es una publicación universitaria sin fines de lucro. Todas las obras presentadas son propiedad de sus respectivos autores.

*Fotografía en portada
y contraportada*
Sandra Fernández

ÍNDICE

(3) Editorial

DOSSIER: Muerte

(4) Desambiguación

Arely Jiménez

(6) Sobre Quiroga

*Desde el Consejo Editorial
de PIROCROMO*

(7) Mortis Codex

Víctor Góngora Cervantes

(9) Polvo de huesos

Sergio Ramos Chávez

(11) El inframundo maya

*Alejandra Fabiola Zapata
Gloria*

(15) Atardecer

Christian García Mirafuentes

(18) Girasol Marchito

*Milton Alejandro
Santana Pizarro*

(20) Yrwol moclam (Náclov led

oenárretbus ojepse)
Aldo Revfaulknest

(21) A la sombra del roble

Claudia Dibian Arenas García

(22) Ronald Emmerich y la muerte
de Occidente

Roberto Bolaños Godoy

(27) RESEÑA: *Los huérfanos del*

mal (Les orphelins du mal)
*Desde el Consejo Editorial
de PIROCROMO*

(28) Traducción de poemas

breves de Ausiàs March
Juan Carlos Cabrera Pons

(30) El tanatófago

Claudia Morales Ramírez

(33) 2:17

Oscar Alberto Murillo Rubio

(35) Más allá de la muerte

Juan de Dios Arieti

(36) El último deseo

Jocelyn Denise Facundo Moreno

(38) Marlene

Omar Tiscareño

(40) El terror definitivo

Luis Muñoz Fernández

(44) Uno del otro

Omar Tiscareño

(45) Conarium

Rodrigo González Reynoso

OTRAS CREACIONES

(48) Poema inédito

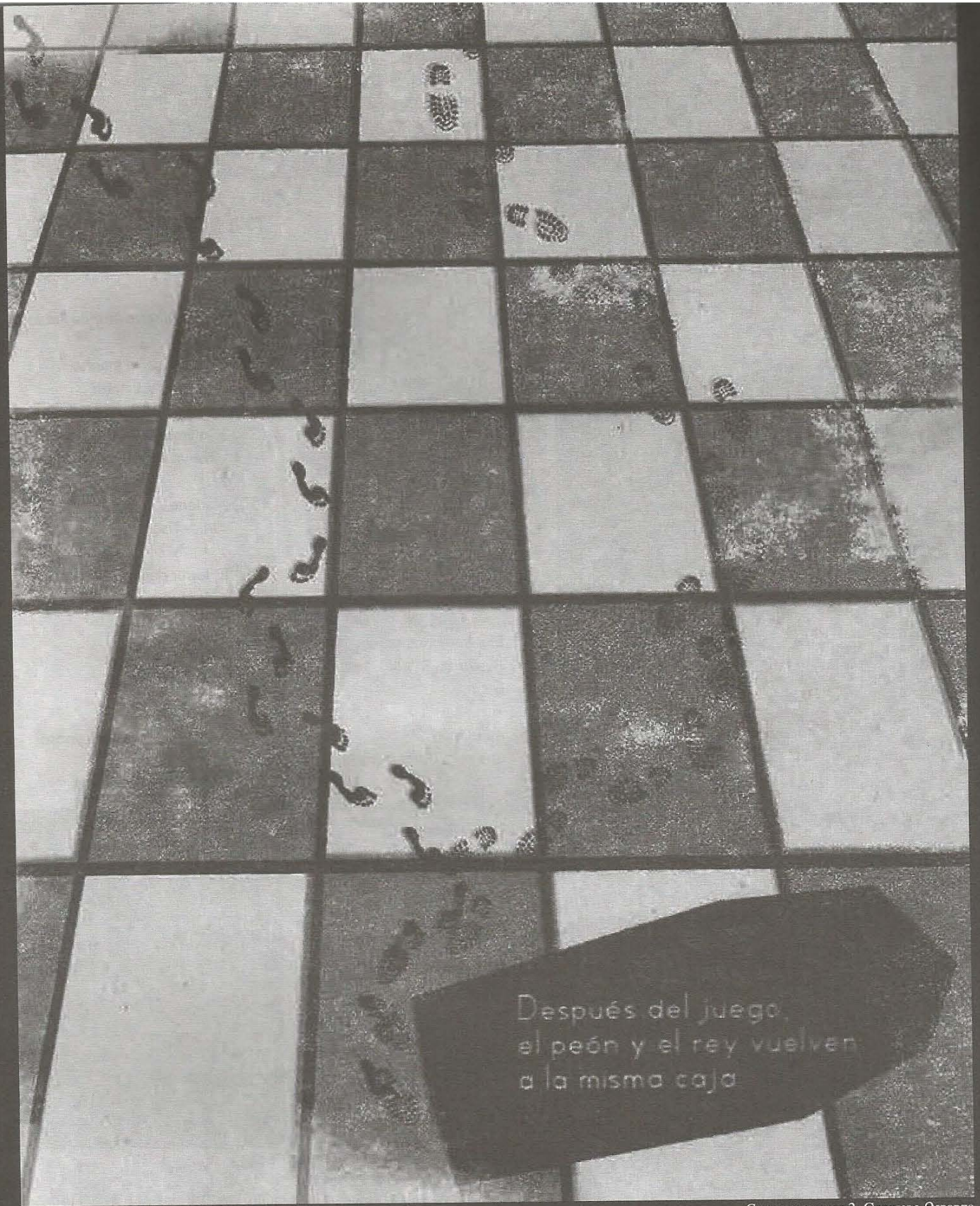
A.E. Quintero

(50) Sin título

Francisco Martínez

PIROCROMO

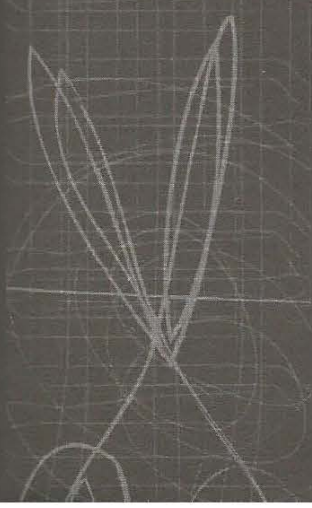
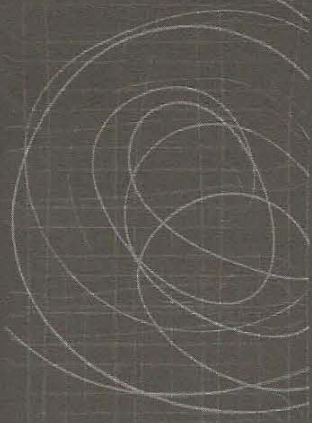
Número 8 / Abril 2014



Después del juego,
el peón y el rey vuelven
a la misma caja.

CARTEL MUERTOS 2, GABRIELA ESPARZA

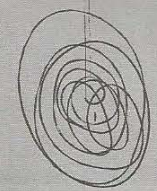
DOSSIER: Muerte



Por más que el ser humano intente verla como una transformación, la muerte, por lo general, es asociada con el final.

En este número de Pirocromo nuestros colaboradores quisieron llegar más allá. No sólo se encuentran textos asociados con la muerte física o lo sobrenatural, hay quienes se aventuraron a explorar su concepción en nuestra cultura y en otras, además de analizarla desde diversas perspectivas. Así, en este número puede encontrarse desde el miedo a ser enterrados vivos y una visión del inframundo maya, hasta qué pasaría si alguna vez nuestra sociedad hubiera aceptado con entusiasmo la muerte y el aparente presentimiento de su fin por parte de nuestra sociedad occidental. Del mismo modo, están aquellos que desearon hacer un homenaje a artistas fallecidos, resaltando el legado que dejan para la humanidad.

Por parte del material gráfico, se encuentran propuestas diversas, desde carteles con mensajes significativos, mezclando el lenguaje visual y escrito, hasta fotografías y dibujos que juegan con el significado y percepción de la muerte.



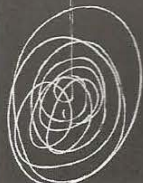
EDITORIAL:



DESAMBIGÜACIÓN

ARELY Jiménez

Estudiante de 7º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA



A la memoria de Paloma Müller

*...que eres pequeño como
una chispa
y a ese compás te apagas.*

Wisława Szymborska

Le he preguntado a Pablo, alquimista de lo verificable y no de lo verosímil, si dolía morir.

Me dijo que no, cuando estás muerto ya nada duele, nada importa.

Dolerse, importarse... ¿Realmente hay un verbo que se ejerza durante la muerte?

¿Hay cabida para la acción en esta pasividad de la inexistencia? ¿Cabrán el pan y las flores en la muerte?

Morir es el tránsito donde la hoguera de la respiración descubre, dentro de la llama, los signos inscritos en la ceniza.

Morir es distinto de estar muerto.

Estar muerto es permanecer sólo en el recuerdo, como una espora que entra en los ojos cuando nadie te ve.



Sin título
**Paloma
MÜLLER**



Ángel II, Sandra Fernández

SOBRE QUIROGA

Desde el Consejo Editorial de PIROCROMO

La muerte es lo único seguro en la existencia, de manera que no es de extrañarse que tenga presencia como uno de los temas recurrentes en la historia y en la literatura, y siempre con numerosas formas de ser narrada. Pero el fenómeno más natural de la existencia sigue siendo una sorpresa, desde la forma en que “llega” hasta el “cuándo”. Nos ocuparemos entonces, de uno de los autores literarios cuya relación con la muerte está marcada desde su nacimiento.

Horacio Quiroga, escritor uruguayo nacido el último día del año 1878, es considerado como el representante del cuento hispanoamericano, elevándolo al nivel de Edgar Allan Poe. Queremos resaltar que Quiroga nace en la agonía de 1878.

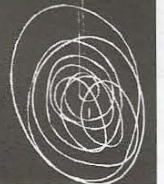
Decimos historia y literatura porque ambas intervienen en el proceso de escritura de este autor, y es que la tragedia marcó su vida. Nuestro autor tuvo que salir de Uruguay a los 23 años, a causa de haber matado accidentalmente a su mejor amigo. Los triunfos siempre

son antes o después de tragedias; muere su padrastro y con la herencia Quiroga viaja a París en primera clase, pero regresa en tercera, ya que no le fue tan bien como él hubiera esperado. Al publicarse su primer libro, dos de sus hermanos son víctimas de la fiebre tifoidea. Su primera esposa se suicidó, y cuando los médicos le diagnosticaron hipertrofia de próstata, su segunda esposa y la hija, fruto de este matrimonio, lo abandonaron –solo y enfermo– en la selva. Se traslada al hospital donde una cirugía exploratoria reveló que sufría de un caso avanzado de cáncer de próstata, intratable e inoperable. Se suicidó en el hospital bebiendo un vaso de cianuro la noche del 19 de febrero de 1937.

La trágica vida de Horacio Quiroga, llena de suicidios y muertes, llegó a marcarlo de tal manera que reflejó en sus obras un contenido de tragedia, horror y muerte, como lo apreciamos en cuentos como “La miel silvestre”, “El almohadón de plumas” o “La gallina degollada”.

MORTIS CODEX

VÍCTOR GÓNGORA CERVANTES
Músico



Se cuenta que existió un pueblo. Uno que como pocos hubo, en cierto tiempo, en cierto país. Y aunque no se conoce la exactitud de los datos, ni hace cuánto tiempo fue, ni por dónde estaba, sólo se conoce su leyenda. Se dice que la gente vivía bajo un pensamiento singular y constante, estaban bajo la influencia de la muerte, pero no como algo malo. El fallecer no era una amenaza, sino un lujo que llenaba a la gente de alegría, era un suceso altísimo y sublime, pues la muerte dominaba la ideología del pueblo.

Se dice que en aquel pueblo la gente vivía poco tiempo. La esperanza de vida era de alrededor de unos 25 o 30 años a lo mucho. Ser un anciano era un concepto totalmente diferente. Sin embargo, este hecho no era triste para los habitantes, ya que cuando uno de los hombres se enteraba de que estaba a punto de morir (y se enteraban gracias a los doctores, que tenían la facultad de dar una fecha límite de vida), la persona no podría estar más contenta. Decían cosas como:

—Oye, ¿adivina de qué me enteré hoy, hermano?

—¿De qué?

— ¡Me enteré de que tal vez me moriré para el viernes o el sábado!

— ¡Maravilloso, qué buena noticia!, ¡eso hay que festejarlo!

Hacían fiestas premortuorias. Los amigos y familiares se juntaban para celebrar los últimos días de aquel que moriría. Bebían y comían en cantidades sumamente dañinas para el cuerpo humano, con alimentos sucios, casi tóxicos. Se fumaba intensamente. Se lamían las manos constantemente en búsqueda de bacterias y virus para ingerir, ya que cosas como la higiene y la limpieza personal eran mera vanidad.

Aquellos que tenían 23 años de edad, de voz apenas madurada, punto de ebullición juvenil, se regocijaban con los más pequeños de que su hora final estaba cerca. No obstante, existió un verdadero temor en ese lugar: la prolongación extrema de la vida. Los niños tenían pesadillas más o menos así:


—¿Qué pasa, hijo?

—Mamá, soñé que caía en un pozo profundo. Caía muy rápido y la luz se iba apagando aún más. Y luego, cuando vi mis manos, estaban arrugadas. Mamá, ¿no me podía morir!

Aunque se podía ver una sociedad muy similar a la de hoy en día, con un ambiente colorido y cargado de felicidad veraniega, la muerte era presente, aceptada y ansiada. Los pobres tenían que esperar hasta fallecer de causas naturales. Una escena típica era el padre comiendo con su familia, él en el centro, su esposa a un lado de la mesa, sus dos hijos al otro. De pronto, el padre comienza esa tos insistente y seca, capturando la atención de la familia. El malestar aumentaría, sus ojos se cerrarían mientras sus manos se colocarían sobre su cuello. Y así de rápido, el amado padre yacería en el suelo, ahogado, con su rostro rojo tornándose al pálido de la muerte. Pero sobre todo feliz, así como la familia, mostrando un orgullo sudado en lágrimas y sostenido en sonrisas.

—Mira, mamá. ¡Mi papá ya se murió!

— ¡Ay, hijo!, ¡qué hermoso! Ve a llamar a los hermanos de tu papá. Se van a poner felices. ¡Hay que celebrar!



Era el sentimiento de alegría que iluminaba los rostros de aquella familia, al saber que su padre ya no tendría que preocuparse por esta vida, que al final sólo significaba sacrificio, injusticia y sufrimiento; por supuesto que era una buena noticia. Inclusive, el gobierno daba recompensas de dinero y propiedades a todas las familias de escasos recursos que acabarían de tener una muerte en la familia. Las madres viudas (una denominación que las mujeres podían llevar con orgullo), los hijos huérfanos y el resto de la familia, excepto abuelos, que obviamente no podían existir, iban al templo en acto de agradecimiento. La religión era completamente distinta, pues en vez de tratar de calmar a sus feligreses acerca de la muerte, la adoraban y concebían como un milagro: “¡Alabado sea Dios, ahora encuentra el descanso eterno!”, decían los sacerdotes.

La gente no tenía problemas con las epidemias o guerras, ni culpaba o seres supremos por quitar la vida de un inocente. No había asesinatos trágicos, sino divertidos o inteligentes. Un Dios justo era aquel que daba muerte ecuaníme y temprana.

En cambio, la clase alta era la más favorecida. Como dar fin a la vida era un asunto altamente demandado, armas, cuchillos, y todo lo que pudiera causar serias heridas, enfermedades terminales o lo que sirviera para matar era costoso, y sólo familias acomodadas podían darse el lujo de tenerlos. Los productos de cada día estaban contaminados con sustancias tóxicas en una medida justa para que pudieran consumirlos, según qué tan pronto se quisieran morir. Las esposas de los negociantes más ricos, que generalmente eran controladores de funerarias poderosas, tenían lujos sobre este asunto; privilegios como doctores especializados en abortos, que tenían la capacidad de matar al niño en cualquier etapa del embarazo sin que la madre sufriera riesgos, a menos de que ella lo quisiera así. Los empresarios tenían un sitio especial en el suelo de sus residencias, donde se arrojaban desde lo más alto y caían en la plaza, de donde después sus sirvientes limpiaban sus restos. El suicidio lanzándose al vacío era la tendencia.

Pero, repentinamente hubo un día en el que todo cambió, hubo un día en que las personas no podían morir tan fácilmente, las enfermedades mortales desaparecieron, no había virus, no había cáncer,

nada. Hubo una crisis económica grande, en la que escaseaban las armas. Poco a poco, la gente empezó a vivir más tiempo. La esperanza de vida aumentó hasta los 40 o 50 años, después incrementó a más años de vida. La población estaba aterrada. Empezaron a notar que sus cuerpos cambiaban, sus pieles perfectas empezaban a llenarse de arrugas, su organismo y sus sentidos se hacían cada vez más lentos, y entonces bautizaron a este estado como la vejez.

Los primeros ancianos se desesperaban con facilidad, y entraban en un estado de odio incontrolable, pero impotente; sus vidas se apagaban lentamente, y la tristeza de sus melancólicos corazones era insoportable. Así se fueron una, dos, tres generaciones, y cada generación que pasaba se adaptaba más a este hecho. De pronto, pasó el tiempo y la gente no tuvo más remedio que adaptarse a la vida prolongada, poco a poco se fue degradando y destruyendo el recuerdo de lo que fueron los gloriosos tiempos de la muerte. Las nuevas generaciones cambiaron su parecer y empezaron a ver la muerte como un problema y como algo a lo que había que temerle. Los años dorados de aquel pueblo se convirtieron en una leyenda, un rumor vago, y luego en fantasía, para que al final sólo quedara el olvido.

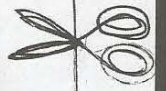
Ahora la gente sólo vive para evitar su muerte y prolongar la vida. El sistema de salud cambió, así como la cultura y las costumbres. El comercio se concentró en productos que daban salud al organismo y lo proveían de vida; los funerales se hicieron tristes y amargos. El pueblo donde se originó todo, fue abandonado y repoblado más tarde bajo nuevas concepciones. La vida se tornó invaluable.

Pero hay quienes creen que no todo se perdió. En una parte de nosotros, aún quedan las huellas de lo que pasó en tiempos ancestrales, nuestra herencia aún clama el *modus cogitandi* de aquellos tiempos. Se dice que en cada suicidio, en cada pensamiento de desinterés por la vida, o cuando alguien piensa en la eutanasia, la flama de nuestro antepasado enardece. Ahora ya no se comprende por qué hacemos eso y lo juzgamos como inmoral. Pero sólo es que la muerte ya no puede ser lo que fue, algo común, hermoso, como cualquier otro fenómeno de la naturaleza humana. Desde entonces, nos aferramos a la vida, porque olvidamos qué bella era la muerte.

POLVO DE HUESOS

SERGIO Ramos CHÁVEZ

Estudiante de 3° semestre de la Licenciatura en Ciencias del Arte y Gestión Cultural, UAA



La mentira es un libro podrido,
letras verdes salen de sus hojas,
vomita espectros que lloran,
gimen de impotencia.

Trato de escuchar la verdad cifrada en tu pensamiento,
no encuentro palabras limpias de intenciones cobardes
que murmuran en la oscuridad,
todas visten traje de ironía burda.

Mis ojos taladran tu rostro,
vislumbran falsedad innata,
un lugar donde hay cabezas sin cerebro,
cuerpos de humo.

Me llevas a cortar la lengua,
de ella ya no nacen los cachorros de mi pensamiento,
mis pulmones se derriten con el ardor de mi rabia,
la verdad se convierte en polvo de huesos.

Camino por el laberinto de los rostros inciertos,
el caleidoscopio de mis sentidos se tuerce
en el espiral de un tornillo
que entra al tormento de las llagas en mi cerebro,
ahí donde no sé si te odio, o si te conozco.



Sin título, ALEJANDRA FABIOLA ZAPATA GLORIA

El inframundo maya

ALEJANDRA FABIOLA ZAPATA GLORIA

Estudiante de 5º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA



El ensayo que a continuación se presenta es acerca del *Popol Vuh*, refiriéndose particularmente al significado que otorgaban los mayas a la vida y la muerte; así como la tradición y esmero con que era relatada la importancia que tenía para ellos el transmitir de generación en generación su cosmología sobre la vida en la Tierra y después de ésta.

Entre los pueblos quichés de las tierras altas de Guatemala existió una rica tradición literaria: el *Popol Vuh*. Este texto fue escrito durante el siglo XVI en Utatlán, la capital quiché. Proviene de las palabras mayas *popo* o *popol* que significa comunidad, consejo o reunión, y *úun*, que se refiere a un árbol del cual se extraía la corteza con la que se elaboraba el papel, también significaba libro; por eso al *Popol Vuh* se le conoce como Libro del Consejo o Libro de la Estera.¹ Este escrito no sólo es la obra literaria maya más destacada, sino uno de los productos verdaderamente grandes de todas las tradiciones literarias y orales nativas americanas. En forma de poema, de más de 9,000 versos, se conserva la elegancia del lenguaje que nosotros y los quichés hemos perdido debido a la aniquilación de esta cultura durante la época colonial. La estructura poética del *Popol Vuh* es en esencia semántica y gramatical.² Está claro que muchas de sus líneas tienen la conocida cualidad de la danza poética salvaje, pues es sabido que al hombre quiché le gustaban las danzas ceremoniales y la repetición de las largas canciones a las que llamaban *nugum tzih* o “guirnaldas de palabras”.³ Es por esto que la mitología del *Popol Vuh* ha sido utilizada como clave para la interpretación de la cosmología maya.

La religión maya es una cuestión de contrato entre el hombre y sus dioses, es por esto que se oficiaban los sacrificios, ya que era una manera de agradecer y rendir tributo a las deidades que les hacían favores.⁴ Para entender mejor la importancia que tenía la religión para los mayas, es necesario hablar tanto de la vida como de la muerte, pero haciendo hincapié en la muerte, y el significado que les atribuían a ambas partes.


En términos generales, el número tres tenía importancia especial, pues reflejaba las tres capas del universo compuesto por la tierra visible y por dos

¹ Cfr. Agustín, Estrada Monroy, *Popol Vuh, cosmogonía, mitos y tradición de los antiguos mayas*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2010, p. 7.

² Cfr. Robert J. Sharer, *La civilización maya*, México, FCE, 2003, p. 565.

³ Cfr. Lewis, Spence, *Incas, mayas y aztecas*, España, Edimat libros, 1920, p. 211.

⁴ J. Eric, S. Thompson, *Historia y religión de los mayas*, México, Siglo XXI, 2006, p. 215.



mundos invisibles, el ámbito celeste del cielo, arriba, y *Xibalbá*, abajo. La Tierra era el lomo de un enorme reptil, representado a veces como caimán, y otras como tortuga que nadaba en el mar.⁵ Interpretando este simbolismo, el reptil nada entre los mundos visibles e invisibles, se encuentra en el medio. El ámbito celeste tenía trece capas y *Xibalbá* nueve.

También era importante el número cuatro, ya que representaba los puntos cardinales. El rojo era el color del Este, el blanco el del Norte, el negro el del Oeste y el amarillo el del Sur; en cada uno de los cuatro lugares del mundo había una ceiba sagrada (el árbol del algodón silvestre) que se conocía como la ceiba *Ímix*.⁶ Recuérdese que en la segunda narración del *Popol Vuh*, cuando los gemelos *Hun-Ahpú* y *Xbalanque* van al inframundo, se encuentran un lugar en el camino donde vienen pintados estos cuatro colores, y ellos tienen que elegir uno para poder llegar con los dioses de *Xibalbá*.

El pensamiento religioso de los mayas se sustentaba en la idea de que el inframundo era el lugar privilegiado del cosmos donde se encerraban los secretos de la vida y de la muerte. La comunicación con el inframundo fue el principal de los objetivos perseguidos con los ritos públicos. Entre las representaciones más tradicionales y con mayor significado e importancia se encontraba el juego de pelota, visto también como una manera de sacrificio. Este juego toma lugar en el enfrentamiento que tuvieron los gemelos con los señores de *Xibalbá*, ésa fue la causa por la que los citaron, porque los señores de *Xibalbá* los escucharon jugar, y como ya antes habían citado a su padre y a su tío y los habían vencido, entonces al enterarse que estos muchachos también practicaban el juego de pelota, los mandaron llamar para derrotarlos, pero se llevaron una gran sorpresa cuando los conocieron.

En la cosmología maya, las cuevas que había en los lados de las montañas eran las entradas a *Xibalbá*. De este modo, a menudo los templos eran identificados como montañas sagradas, y sus entradas conducían a cavernas o cuevas que según sus creencias daban acceso al inframundo. También se tenía la creencia de que las personas fallecidas eran transportadas a *Xibalbá* en una canoa impulsada por los “dioses remeros” y otros seres sobrenaturales. *Xibalbá* no es un infierno ni lugar de castigo donde se redimen los pecados cometidos, sino un lugar de muerte. La palabra *Xibalbá* se deriva de una raíz que quiere decir “temer”, de la cual procede el nombre de fantasma. *Xibalbá* era, pues, “El lugar de fantasmas”.⁷


Aquel otro mundo se ubicaba en las entrañas de la Tierra, bajo la selva y más allá de las masas de agua, constituyendo una especie de reflejo siniestro del mundo de los vivos. Sin embargo, a pesar de este carácter “oscuro”, no sería un equivalente al infierno judeocristiano, pues el alma no recalca allí a modo de castigo, sino que es su destino lógico. Este “otro mundo” es, en definitiva, la región de los muertos. Pero del mismo modo, los vivos también pueden realizar el viaje inverso, adentrándose temporalmente en el territorio de las tinieblas, especialmente durante los sueños o mediante el uso de drogas alucinógenas.

Es por esto que en el segundo libro del *Popol Vuh* se relata cómo los gemelos *Hun-Ahpú* y *Xbalanque* van a *Xibalbá*, ya que se puntualiza el concepto de una vida después de la muerte. *Hun-Ahpú* y *Xbalanque*, los dioses héroes, aparecen como

⁵ Sharer, *op. cit.*, p. 499.

⁶ Cfr. J. Eric, S. Thompson, *Grandeza y decadencia de los mayas*, México, FCE, 1964, p. 269.

⁷ Cfr. Lewis, Spence, *op. cit.*, p. 203.



si tuvieran atributos de semidioses. El nombre *Hun-Ahpú* significa “maestro”, y *Xbalanque* “pequeño tigre”.⁸ El mito de los héroes gemelos fue uno de los acontecimientos más importantes en la vida y ritual de los antiguos mayas. Demostró cómo seres humanos extraordinarios pudieron entrar a *Xibalbá*, burlar a los dioses de la muerte y retornar, constituyendo así la metáfora de que el Sol surge de *Xibalbá* cada mañana. La historia también demostró que sólo es posible el renacimiento mediante el sacrificio, y así, representó la vida después de la muerte. Precisamente por esto era que se practicaban tantos sacrificios, porque muriendo, revivían de nuevo, se iba a otro lugar muy diferente al terrenal, por lo tanto se tenía que ir preparado.


Recientemente, se han encontrado en los entierros de los antiguos mayas diversos objetos que formaban parte del ajuar mortuario, lógicamente con algún significado simbólico relacionado con la otra vida. Una de las piezas encontradas de forma recurrente consiste en una máscara (de jade, estuco o madera) que se colocaba sobre el rostro del difunto, según esto para aludir al cambio de condición de su portador (de la vida terrena a la “subterránea”), constituyendo una especie de ceremonia de regeneración. Otro de los objetos encontrados es un espejo, capaz de reflejar las imágenes, cualidad considerada mágica por los mayas y que constituía un inmejorable medio de contacto con *Xibalbá*, al que al mismo tiempo simbolizaban. También se ha descubierto que dentro de las tumbas había más de un cadáver, esto se debía a que enterraban al muerto con personas sacrificadas con la finalidad de que el difunto gozara de un acompañante en su viaje al Otro Mundo (esto sólo era privilegio de personalidades importantes, por ejemplo el rey Pakal, ya que en su tumba fueron encontrados varios restos de otros difuntos). En algunas ocasiones los sacrificados eran prisioneros, que no elegían tal cosa por destino; pero en otras eran personas que lo hacían por su propia voluntad, porque si lograban pasar todas las pruebas que había en el inframundo, iban a poder gozar del privilegio de compartir con los dioses creadores. Por eso es que era muy importante transmitir toda esta historia de *Xibalbá* a las generaciones futuras, para que no lo vieran como un acto malo o pecaminoso, sino como algo por lo que todas las personas pasan y se tiene que ir preparado para lo que pudiera ocurrir allá.

Es aquí donde entra la verdadera importancia del juego de pelota, porque el significado que le daban era muy diferente al de solamente practicarlo por diversión o condición física. Podría dar la impresión de que un juego practicado en una especie de cancha, en el que los participantes golpean una pelota de caucho para hacerla pasar por un aro de piedra, era un simple divertimento similar a nuestros deportes actuales. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. El llamado juego de pelota fue el rito religioso más importante de los antiguos mayas, pues constituía una representación simbólica de uno de los relatos sagrados clave de esta civilización, íntimamente relacionado, de nuevo, con el inframundo.

El objetivo del juego consistía en hacer pasar la pelota a través de uno de los anillos, cuyas aperturas requerían una trayectoria paralela al suelo. Las pelotas empleadas eran de caucho sólido; la pelota no podía lanzarse con la mano, sino que debía golpearse con el codo, la muñeca o la cadera, por lo que a estas partes del cuerpo se sujetaban almohadillas de piel.⁹

⁸ *Ibidem*, p. 209.

⁹ Robert J., Sharer, *op. cit.*, p. 380.



Las esculturas en relieve que se encuentran a lo largo de la terraza de la base de los muros del Gran Juego de Pelota representan la versión ritual de la guerra —y la que interesa más por estar relacionada con el *Popol Vuh*—, que culminaba en el sacrificio de los cautivos. A la izquierda está un jugador de pelota al parecer victorioso, con un cuchillo en una mano y la cabeza de su adversario vencido en la otra. El enemigo decapitado, de cuyo cuello brotan chorros de sangre transformados en serpientes, está de rodillas a la derecha de un disco o escudo que muestra una calavera. Es probable que la decapitación de un gobernante capturado se efectuara como el clímax de un juego de pelota también, esto para conmemorar la derrota de los señores de *Xibalbá* en el mito de la creación a manos de los héroes gemelos. Era así como a los gobernantes se les atribuía el poder de semidioses representantes de *Hun-Ahpú* y *Xbalanque* en la Tierra, y claro que toda esta atribución terminaba con el sacrificio o en casos menos drásticos, los gobernantes ingresaban a las cuevas, que representaban la entrada al inframundo, para enfrentarse a los dioses de *Xibalbá*, y salir victoriosos, probando su inmortalidad como lo relata la segunda narración del *Popol Vuh*.

Todo termina, pues, en dar a entender el concepto de inmortalidad en la vida para los mayas. Éste era el principal objetivo al narrar la historia de los gemelos divinos, que sin importar nada, todo el mundo va a *Xibalbá* como parte de la vida misma, como la continuación de la vida terrenal; y que al igual que *Hun-Ahpú* y *Xbalanque*, todo aquel que resulte victorioso y pueda pasar todas las pruebas que se le presenten en ese lugar, será inmortal porque seguirá viviendo en ese lugar de recompensas y regocijo, al lado de todos los dioses y disfrutando de todo lo bueno. Es entonces que el viaje al inframundo resulta un tema importantísimo para la tradición y cultura maya, y es fundamental que todo al que le interese el tema de los mayas y su religión, estudie a fondo y se dé cuenta de que los mayas eran algo más que sacrificios “salvajes”, pues era una civilización demasiado avanzada para su época.

□ Fuentes:

ESTRADA Monroy, Agustín (versión), *Popol Vuh, cosmogonía, mitos y tradición de los antiguos mayas*, México, Editores Mexicanos Unidos, 2010.

S. THOMPSON, J. Eric (trad. Lauro José Zavala), *Grandeza y decadencia de los mayas*, México, FCE, 1964.

——— (trad. Félix Blanco), *Historia y religión de los mayas*, México, Siglo XXI, 2006.

SHARER, Robert J. (trad. María Antonia Neira Bigorra), *La civilización maya*, México, FCE, 2003.

SPENCE, Lewis (trad. María Teresa Díaz Martínez), *Incas, mayas y aztecas*, España, Edimat libros, 1920.

atardecER

CHRISTIAN GARCÍA MIRAFUENTES
Poeta

A Víctor Sandoval

I

¿Cuántos senderos recorriste
para estar en el alba de la Tierra
con tu mirada de árbol?

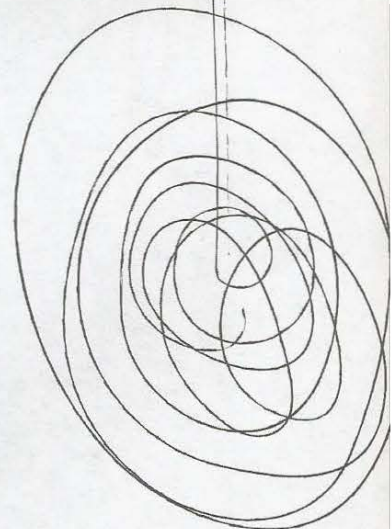
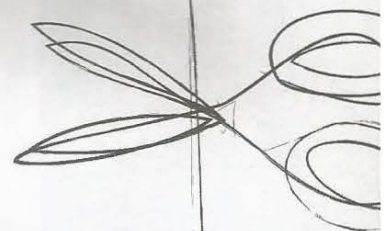
Siempre estarás en los atardeceres de Aguascalientes.
En tus ojos se verán las galaxias del herrero.
Mira cómo la lluvia aleja a las aves-poetas
en ellas se encuentran: los cuatros barrios.

¿Cómo escribir, sin pensar
en el humilde herrero?
Eras uno cuando escribías poemas.
Ahí nació la fundición de los metales.

II

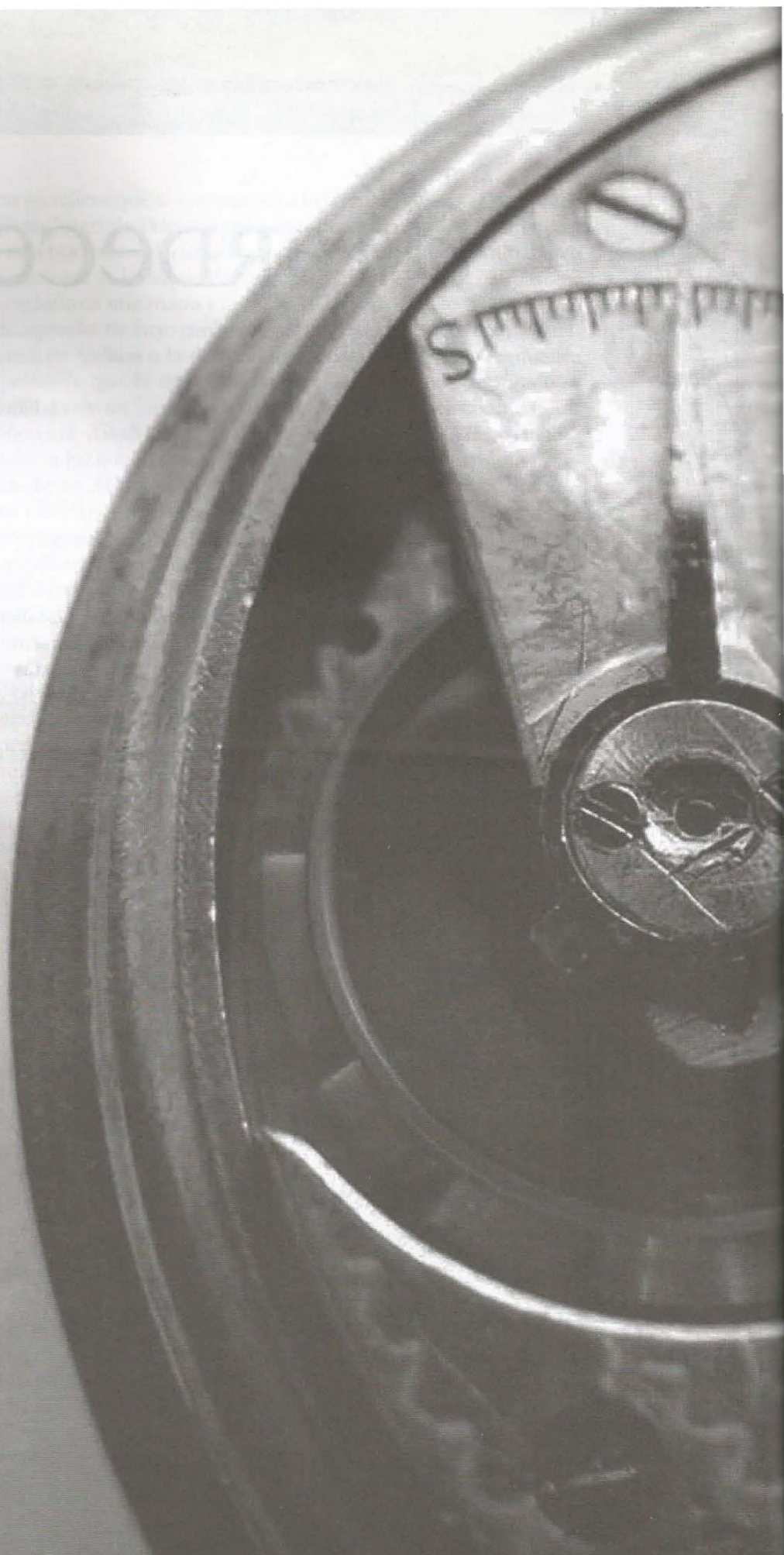
¿Habrà una manera de cantar
sin ser
una carta no firmada,
un ferrocarril sin llegar a su destino,
la mirada de un hijo a su padre muerto,
de una burocracia corrupta?

Miro
el movimiento de las galaxias
en el yunque
—aun cerrados tus ojos—
las veo.



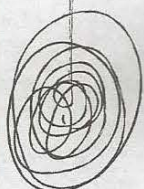
ARDDEGER

10
S





*EL TIEMPO
que se va,*
BASTIAN
JARED
RAMOS
DELGADO



Girasol marchito

MILTON ALEJANDRO SANTANA PIZARRO

Estudiante de 5º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

I

Hoy se levantó extraña, no hablaba mucho, y no estaba triste, estaba ensimismada. Le hablaba y me respondía asintiendo o negando con la cabeza; cuando me miraba sólo sonreía levemente, aunque con cariño. Estaba enamorada.

Cuando me preparaba el desayuno se le cayeron dos huevos al suelo, dejando un desastre. Duró más de diez minutos arrodillada, limpiando, todo se le caía de las manos y olvidaba lo que tenía que hacer a mitad de su trayecto, dirigiéndose a hacerlo. También fue muy curioso que no encendiera la radio, dejando la casa en riguroso silencio, silencio que se interrumpía con sus suspiros, con sus muchos suspiros.

Leía el periódico cuando ella terminaba de limpiar la vitrina que estaba al lado del comedor; luego se dirigía a la habitación a descansar; la seguí tiempo después, tirando el periódico sobre el sillón. Cuando entré a nuestro cuarto, apenas pasé el umbral, me detuve a contemplarla; como en trance se desnudaba, dejando la ropa en el suelo, y se recostaba en la cama cubierta por la luz del atardecer que se filtraba por la ventana. Recostada con mucha soltura y delicadeza, coqueta, veía entrar la luz por la ventana con un brillo acuoso e infantil en la mirada, con excitación.

No se movía; estaba raramente inerte con la vista en la ventana. A mí me llenaba la vista su figura de mujer vívida sobre el blanco de la cama. La llamé después, no respondió, no asintió con la cabeza, ni siquiera volteó a verme. No se movió en absoluto.

II

Nunca pude resistir más de tres días sin sol; de niña lloraba en los días nublados. Cuando empecé a sentir como mujer, me derrotaron los atardeceres. El destino lo dispuso, disfruté de sus rayos en los brazos de él los primeros días de matrimonio. Mis más memorables lágrimas de felicidad fueron provocadas por las risas acuáticas de mi hijo recién nacido bajo el sol de verano.

Como todas las parejas, nosotros también peleamos. Ya casi no, pero antes lo hacíamos mucho, y en algunas de esas

discusiones, en las más fuertes, él se fue por períodos cortos; mi hijo creció, luego se fue, aunque nos sigue visitando. En cambio, al sol siempre lo he tenido, él nunca me ha dejado, de noche siempre tengo la promesa de su vuelta.

Hoy, desde que vi los primeros rayos de la mañana sonriendo con cierto misticismo, como si me guardaran una sorpresa este día... me sentí ansiosa, inquieta, no lo sé, con esperanzas. Al mediodía parecía adolescente enamorada, toda acción me salía mal, tirando cada cosa que tomaba entre las manos. Cualquiera pudiera haber dicho que era por el hecho de que mis manos estaban demasiado arrugadas, mis brazos demasiado cansados, o que sólo estaba distraída, pensando en mi amado.

Terminando los quehaceres quise descansar un poco, aparte hoy había suspirado con mucha frecuencia. Al abrir la puerta y ver sobre el edredón perla a mi amado que entraba a través de las cortinas y se recostaba desnudo, esperándome, no pude resistir dormir con él. Me quité la ropa sin vergüenza alguna porque ya no viera mi carne tierna, sino surcada y colgante. No se ocupó de mi aspecto, únicamente le importaba que fuera yo, la fiel a él.

Él seguía igual de joven, de hermoso, con su piel bronceada y tersa, con su carne tensa, sus hombros brillantes, su pecho prominente y duro, su plexo ceñido; no había cambiado nada, era un príncipe, con la misma inquietud en las piernas gruesas y aterciopeladas que partían de sus glúteos redondos y dorados; su risa inundaba la habitación, dulce como muchas campanitas. No pude resistir, me desnudé; me recosté para que pasara su piel por la mía, sus dedos por mis surcos. Estaba ahogada de gloria.

III

Clitia había nacido con un talento especial para apreciar el mundo, la vida, lo que le rodeaba; había nacido enamorada, eso fue lo que enamoró a José; y también fue lo que hizo de ella una madre especial para hacer de su fruto un hombre bello y fuerte que ya no vivía con ellos. Durante toda su vida, el tiempo del atardecer la ennoblecía, nunca pudo faltar a despedir a su más íntimo compañero, al caballero más radiante, el cual, ante la gran fidelidad de su devota, decidió premiarla llevándola con él cuando también ella atardeciera.

José, su centinela, fue a despedirla en el puerto que se abría por la ventana hacia el alto mar rosado y bronce; vio cómo se tendía en la orilla de algodón para que los dedos del sol acariciaran su piel añejada, dibujando escamas sobre ella por filtrarse en el encaje de las cortinas. Sus lágrimas marcaban el ritmo de la entrega de Clitia al sol.

Ella evaporaba su savia en la orilla del mundo, su frágil tallo se endurecía, sus pétalos se opacaban más; como un girasol ya florecido, ahora se marchitaba.

A la sombra del roble

CLAUDIA DIBIAN ARENAS GARCÍA
Estudiante de 3º semestre de la Licenciatura
en Letras Hispánicas, UAA

*La muerte es algo que no debemos temer porque,
mientras somos, la muerte no es y cuando la muerte es,
nosotros no somos.*

Antonio Machado

De nuevo el crujir del columpio, ése que cuelga de la rama más gruesa del roble. En la inexistencia del viento o en medio de la tormenta, cuando me asomo por la ventana, se ve el movimiento suave y tardío del columpio. Me da miedo. Parece que alguien me vigilara.

Mi padre lo colocó como regalo de mi tercer cumpleaños. No había tarde que no pasara columpiándome. Sin embargo, dejé de hacerlo, hasta que cumplí los dieciséis años. Entonces decidí celebrar el inicio de mi adolescencia pasando aquella mañana en mi amado columpio. Mientras disfrutaba el sentir del viento en mi cara, sentí cómo un par de manos huesudas y frías tomaron mi cintura y con fuerza me empujaron, dándome más velocidad. El miedo me invadió. Bajé precipitadamente en pleno vuelo, caí contra el suelo. Tremendo escándalo se hizo con mis padres al verme sangrar de la cabeza, nariz y boca. Desde entonces no había vuelto a sentarme en él.

Aquel incidente me ha robado lo que más amaba. Constantemente siento que ese frío se burla de mí cada que escucho el crujir del roble.

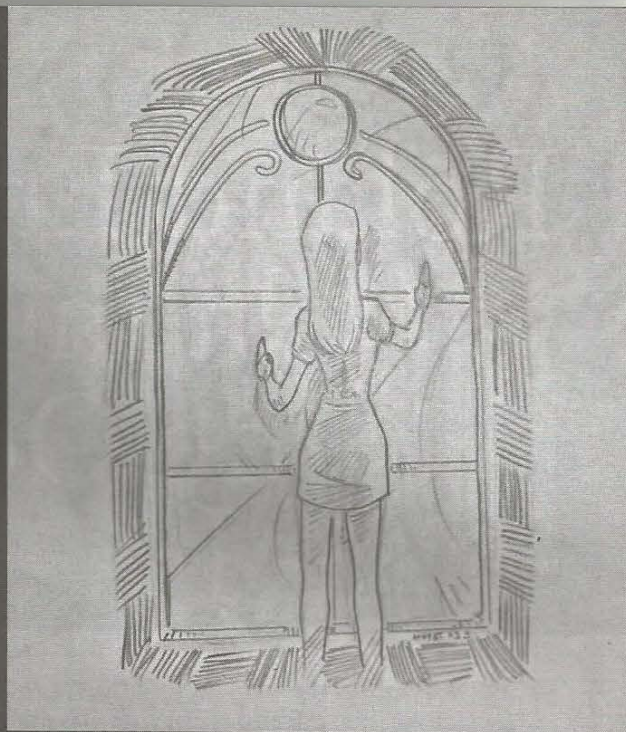
Hoy me paré frente al columpio, lo vi mecerse como siempre.

—¿Qué quieres?—le dije con decisión. —¿Te parece muy gracioso estar vigilando cada movimiento que hago?— No hubo respuesta.

Una suave brisa se manifestó levantando un par de mechones de mi cabello.

—Sara— él susurró combinándose con el viento. —Sara.— Lo volví a escuchar.

El columpio ha comenzado a moverse con más velocidad. Mi corazón se acelera y el columpio se detiene abruptamente. Un sudor frío baja por mi columna. Un helado roce de cinco dedos toca mi mejilla. Una ráfaga divulga el llamado:



Sin título, MOPET X3=)

—Sara, vuelve.

De repente, la tranquilidad invade mi cuerpo. Pienso en las posibilidades para poder descubrir al que me ha nombrado, pero ninguna me convence. Preparé al alto roble para conocerlo. Sé que es una decisión difícil. No puedo seguir con esta intriga. Siento que vuelo.

¿Qué ha pasado? Al parecer he caído de pie. No había nadie allá arriba, pero veo a alguien sentado en el columpio: está de espaldas; robusto, vestido de negro. Me encuentro a la muerte.

—Tardaste en llegar. Ahora eres libre.

Sin título, MOPET X3=)



Roland Emmerich y la muerte de Occidente

ROBERTO BOLAÑOS GODOY

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA
y estudiante de la Maestría en Producción Editorial, UAEM

I

No intentaré polemizar con respecto a que el cine de catástrofe sea una tradición incipiente o apenas un subgénero pasajero. Empezaré, en el mejor de los casos, un acto de reconocimiento crítico sobre un fenómeno presente cuya insistencia no puede ser ignorada. Algo que prolifera como signo de algo, de una inquietud latente. Y yo estimo que esa cuestión es legítima: se trata de la obsesión de Occidente por su posible y próxima desaparición. La civilización occidental es un anciano que presiente su fin y se lo reitera, cada vez que puede, a sí mismo.

Entre los visionarios apocalípticos de nuestro tiempo, resalta el nombre de Roland Emmerich (Stuttgart, Alemania, 1955), cineasta que comenzó como realizador independiente en su país natal y quien, pudiendo volverse director alternativo con ese talento formidable para atraer producciones de primera línea, decidió emprender una de las carreras más singulares de los inicios de este siglo. Emmerich ha popularizado, mejor dicho, masificado, el cine catastrófico y con ello enfatizado el temor real de Occidente por ser devastado, por ver desestabilizado y borrado el aparente orden que ha conseguido tras dos sangrientas conflagraciones mundiales y una larga y tensa relación con el contradiscurso ideológico soviético que concluyó, relativamente, con la caída del muro de Berlín.

A partir de la venida del fin de siglo se desencadenó la paranoia de Occidente. Desde luego que hay antecedentes muy anteriores. La esperada y a la vez temida vuelta de Jesucristo y el juicio final, desde principios del cristianismo, hasta la fiebre por el apocalipsis *zombie* de nuestros días (iniciada con las películas de George A. Romero, y cuya aproximación merecería un ensayo aparte). Asimismo, las catástrofes también habían sido tema del cine: terremotos, incendios, erupciones volcánicas, colisiones de asteroides en la Tierra, invasiones extraterrestres, ataques de monstruos gigantes o de grupos terroristas; pero las supercatástrofes masivas si no fueron invento, al menos sí consolidación de Roland Emmerich. El cine apocalíptico no adquirió la magnitud simbólica que creo que tiene ahora si no fuera por los obstinados intentos especulativos de Emmerich, no por advertirnos sobre las posibilidades del fin de la humanidad, sino por revelarnos que esa inquietud social existe y tal vez sea la intuición de algo que ni siquiera podemos conjeturar como civilización.

Son cuatro filmes los que creo condensan esta obsesión personal de Emmerich y que a la vez es obsesión del ser humano del siglo XXI. En orden cronológico: *Día de la Independencia* (1996), *Godzilla* (1998), *El día después de mañana* (2004) y *2012* (2009). Estas películas oscilan entre la banalidad del repetitivo cine de acción típico de Hollywood, la impericia narrativa que abusa de recursos predecibles y una ambición paradójica: el cine de Emmerich busca detentarse como símbolo abordando la destrucción de otros símbolos. A con-

tinuación explicaré por qué creo que Emmerich perdurará aunque no sea ni lejanamente un Lars von Trier.

II

Día de la Independencia parte de una premisa interesante: la vida inteligente, venga de donde provenga, es por naturaleza simbólica: no es gratuito que los invasores extraterrestres busquen nuestros mayores símbolos y se propongan destruirlos. O mejor aún, que Emmerich haga visible la destrucción de dichos símbolos. La película comienza con la aproximación de la nave extraterrestre a la órbita de la Tierra y en el trayecto pasa por la Luna. Entonces, las huellas de, suponemos, Neil Armstrong se borran, como es la intención de los invasores: borrar toda huella humana.

La película dará pie a un recurso reiterado en la filmografía de Emmerich de este tipo particular: tener varios protagonistas que en un momento determinado se cruzan. Esto tiene más desventajas que ventajas, al menos para un cineasta que no logra arrojar personajes de cuerpo entero sino marionetas, ya que abundan los diálogos sosos, sobran personajes presentados de forma burda y, lo peor, apela groseramente al sentimentalismo patriotero norteamericano con un paradigma más en su filmografía: el presidente de Estados Unidos como protagonista y héroe potencial.

Pero algo más drástico caracteriza la obra de Emmerich: el inmenso despliegue de efectos visuales, sobre todo, computarizados. Para este director, la función de éstos es la de hiperacentuar, destacar o recargar la verosimilitud, o hacer posible la verosimilitud de lo imposible exagerando la realidad: hipérbole pura. Hé ahí la peculiaridad y talón de Aquiles de Emmerich. Porque con personajes unidimensionales, tramas no del todo sólidas (mucho se le ha criticado al director las estrepitosas inexactitudes científicas en las que incurren sus filmes) sostenidas por los alfileres de los recursos visuales, el mensaje es reconocible: la estética de la catástrofe sólo puede lograrse mediante la hipérbole. Aún hoy, la secuencia de la destrucción de las grandes ciudades humanas por las naves extraterrestres sigue siendo impresionante, y perdura por el símbolo: las fechas del Día de la Independencia estadounidense, la Estatua de la Libertad opacada y luego destruida, así como la Casa Blanca y su destrucción desde esa toma frontal. Emmerich no destruye indiscriminadamente, su objetivo son los símbolos, por eso tampoco hay profundidad en los dramas interiores de los personajes y cómo se relacionan entre ellos.

Un aspecto más de la estética de la catástrofe no puede ser pasado por alto: la muerte masiva de inocentes. La hipérbole de la destrucción no puede más que venir acompañada por la supresión simultánea de muchas almas sin nombre, ni historia, víctimas anónimas deshumanizadas. Como recurso cinematográfico es efectivo, como expresión moral es irresponsable, pero como se verá en sus filmes ulteriores, a Emmerich le importa más lo que le pasa a sus personajes que sus personajes mismos.

Y sin embargo, como en la mejor ciencia ficción (o ficción especulativa), hay crítica de orden político palpando en el fondo de la cinta. El mayor giro es una advertencia: nosotros, humanos, éramos esos invasores, lo hemos sido en el pasado y podríamos volver a serlo, a menos que reaccionemos a tiempo. ¿Hace falta ser ahora las víctimas para comprenderlo?

III

Con *Godzilla* la crítica es más explícita, la primera secuencia muestra las pruebas nucleares realizadas en la cinta, en la Polinesia francesa, las cuales miran impávidas unas iguanas nativas del lugar. Esto nos sugiere el resto del argumento, mas no el de los acontecimientos. La catástrofe viene ahora por un accidente cuya responsabilidad es humana. Se puede decir que esta crítica implícita es lo que más fue respetado del concepto original del emblemático monstruo japonés, ya que ni su mitología, ni su forma humanoide, ni su contexto (trató de occidentalizarse recurriendo a las explicaciones científicas, supongo que para que fuera más aceptado por el público norteamericano) se mantuvieron. Lo mejor es la frescura con que Emmerich maneja el humor: en muchos momentos hay situaciones cómicas que se mofan de las costumbres y valores norteamericanos.

Aunque es menos simbólica que la anterior y las que le siguen, la he considerado porque cumple con al menos tres aspectos: la destrucción de sitios emblemáticos (ahora por accidente, el Empire State), la muerte masiva de inocentes y la crítica subrepticia. Pero además, insiste en algo ya visto en *Día de la Independencia* y que no será la última vez que se aborde: un desastre en Nueva York es un desastre en una de las capitales de Occidente en el siglo XXI, y por ende, nos concierne a todos, nos afecta a todos, y no es sólo megalomanía imperialista. La historia le daría la razón a Emmerich en el año 2001.

IV

En *El día después de mañana* la crítica se vuelve totalmente directa y explícita, siendo ahora de tipo ecológico, y se reitera la destrucción de una de las capitales de Occidente, ahora más aparatosa y drástica que en las dos cintas anteriores.

Es notable que hay una transición de motivos oculta: si antes el hombre estaba indefenso ante fuerzas exteriores, luego ante fuerzas superiores a él de las que es responsable directo, ahora la humanidad es la autora indirecta de su destrucción efectuada, esta vez por la inclemente y amoral naturaleza. La humanidad se ve indefensa ante las inmensas fuerzas naturales, representada nada más y nada menos que por la hipérbole del efecto visual de millonario presupuesto.

Pero hay algo más, un cuestionamiento frontal al discurso capitalista desinteresado por el débil equilibrio ambiental como no había sido expuesto antes. Y ocurre desde el principio de la cinta, en una escena desarrollada en una cumbre de la ONU en la India, cuando el científico Jack Hall (interpretado por Dennis Quaid) le objeta al vicepresidente estadounidense Baker (Kenneth Welsh) sobre su discurso neoliberal y su egoísta descuido por la fragilidad del medio ambiente, a la vez, más preocupado por la fragilidad de la economía, ya que la reducción de emisiones de gases contaminantes implica pérdidas económicas para Norteamérica.

En esta cinta, aunque el protagonista social vuelve a ser Estados Unidos, los eventos en otras partes del mundo cobran mayor protagonismo, debe ser así para otorgarle mayor verosimilitud a la hipérbole: con múltiples momentos acertados por inquietantes, como la migración masiva de aves o la idea del cambio climático como tendencia cíclica del planeta Tierra.

Son el agua, el viento, el hielo, las terribles potencias naturales que en esta ocasión serán pretexto para destruir símbolos de nuevo, deslizar crítica política y mover peones superficiales con conflictos poco creíbles en donde debería haber personajes con pasiones, arrojo, piedad o crueldad absoluta. De entre este repertorio se encuentra un inteligente revés irónico, una suerte de acto de justicia poética: con las monstruosas tormentas heladas, los habitantes del Hemisferio Norte se ven obligados a ir al sur, y en el caso de los estadounidenses, de migrar a México, incluso de manera ilegal, por la desesperación.

Y ahora es una Biblia de Gutenberg, la presidencia de Estados Unidos, el letrero de Hollywood, la Estatua de la Libertad inundada y luego congelada... Otra vez los símbolos, la referencia reconocible que retrate la magnitud de los acontecimientos catastróficos que ahora padece la raza humana y para los que no puede haber más que resignación y búsqueda por sobrevivir, aunque las posibilidades sean pocas y eso pueda sacar lo peor de nosotros como humanos. En los filmes de Emmerich siempre aflora la piedad y la solidaridad, porque él mismo es un optimista (o hacer cine en Norteamérica lo obliga a serlo), cuando pudo haber sido notablemente más seductor el conflicto que lleva a una persona luchando por sobrevivir a sacrificar su salvación en favor de ayudar a otros, también en peligro. Por fortuna, Emmerich lo comprendió a tiempo y por eso este dilema ético del egoísmo por sobrevivir sí aparece en la siguiente película, la cual me parece la mejor lograda entre las que conforman este somero compendio de ejemplos.

V

Con *2012* no queda duda de que a Emmerich le importa más retratar o imaginar el cataclismo que a quienes lo sufren. Y no obstante, los personajes adquieren un poco más

de relevancia porque son necesarios para que el director plantee un problema de orden ético con raíz político-ideológica. Algo verdaderamente escandaloso e inaudito: apenas los distintos gobiernos y principales oligarcas se enteran de la situación, el inminente fin del mundo, se emprende un plan secreto cuyos detalles conoceremos casi al final, pero que esencialmente supone que, ante la venida del desastre sólo quien pueda pagar el precio de la salvación (mil millones de euros por cada alma) será merecedor de ella, y así fulminantemente, Emmerich plantea una cuestión insoslayable: ¿resulta ético que la supervivencia sea un bien privatizable?

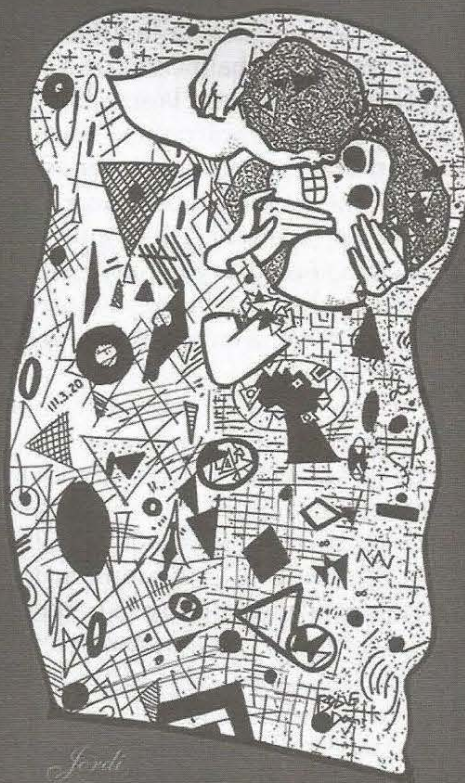
Acaso lo más vergonzoso de la película, la interpretación errada de un texto maya que sirvió para que se diseminara la paranoia mundial sobre un supuesto fin de los tiempos, o la exageración (hipérbole) científica que justifica el origen de los cataclismos, se ve opacado por la extraordinaria incorporación de personajes aún más memorables que antes. Dos particularmente merecen atención: Adrian Helmsley (Chiwetel Ejiofor), científico que primero encabeza la tarea de informarle a los dirigentes mundiales sobre la situación y que luego está involucrado en detectar los desastres que se avecinarán, pero que durante toda la película se enfrentará verbalmente con Carl Anheuser (Oliver Platt), jefe de gabinete de la Casa Blanca, un político con la sensibilidad social de un témpano y con una pragmaticidad escalofriante, quien encarna una versión extrema del individualismo propio de la ideología capitalista con el agravante de ser además estatista norteamericana, con lo cual, como se sabe, cree que se pueden privatizar los secretos de estado con tal de garantizar la seguridad y evitar la "anarquía". Este enfrentamiento, encarnado por ambos personajes, entre la preocupación ética y ese plan de supervivencia deshumanizado resulta inédito en la filmografía de Emmerich. Si ya la figura del hombre de ciencia era importante para el desarrollo de la trama en cintas anteriores, este contrapunto le otorga una dimensión más humana a la película.

No obstante, hasta ahora no es posible sobrevivir en un filme de Emmerich si uno no cuenta con las características de un héroe de Hollywood: ser privilegiado por el poder, el conocimiento, las armas o la coincidencia increíble y, en este caso, saber pilotar, contener la respiración como atleta olímpico, conducir aparatosamente. Sin todo eso, lo que le espera a uno es ser parte de esa extinción masiva de personas, en secuencias impactantes como técnicamente no había conseguido lograr Emmerich, y que hace que cada persona no cuente. Estas muertes, deshumanizadas y abstractas, que no llegan ni a cifras, implican un absoluto desprecio y desinterés por el otro que me parece algo inadmisibles, algo que como creador, Emmerich no se debería permitir. ¿Para qué hacer lo mismo en la ficción que ya hacen los gobiernos, las grandes corporaciones, los desastres y las pandemias en la realidad?, ¿por qué segar vidas indiscriminadamente cuando podrían ser expresadas, escuchadas en su individualidad?

Ignoro si esta cuestión revele algo sobre el subconsciente norteamericano u occidental, acostumbrado a las muertes masivas desde las guerras mundiales. Como tampoco puedo asegurar que la película busque vindicar la conspirología. De lo que sí estoy seguro es de la presencia de los símbolos otra vez, acaso porque los símbolos son reconocibles. El Cristo de Río de Janeiro que se desploma, el obelisco de Washington que se resquebraja, la destrucción del Vaticano con todo y la ruptura de la bóveda de la Capilla Sixtina (una imagen poderosísimamente sugestiva muestra un grieta entre el dedo de Adán y el de Dios, en el fresco de Miguel Ángel), todos mostrados de forma sucesiva dando la sensación de que no hay lugar a dónde ir.

Hacia el final, resueltos todos los conflictos de la película, África se vislumbra como el sitio donde han de llegar los sobrevivientes, donde comenzó la humanidad y donde ésta renacerá. De nuevo el Tercer Mundo como clave de la salvación, por siglos subestimado. Y de nuevo la cuestión simbólica.

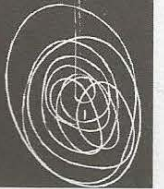
Emmerich sin ser un gran artista ha logrado lo que todo gran artista debería aspirar a realizar también: ser la antena de su época, a la manera de Pound, y expresar su espíritu, sus miedos, sus obsesiones. En este caso, su paranoia, su autodiagnóstico y sus augurios de fatalidad.



El antepenúltimo beso, JORDI SITJÀ

RESEÑA: *Los huérfanos del mal* (*Les orphelins du mal*)

Desde el Consejo Editorial de PIROCROMO




Si bien hay millares de ejemplares literarios sobre la temática de la Segunda Guerra Mundial, son sólo algunos los que realmente logran mantener una trama sin caer en el cliché. Esto es lo que logra el escritor y periodista francés Nicolás d'Estienne en su obra mundialmente conocida *Les Orphelins du mal*.

Dos historias alternas, una dentro de la época nazista y la otra, cincuenta años después; ambas narraciones terminan por entrelazarse y crear una novela emocionante en torno a los famosos criaderos humanos del *Tercer Reich*, los *Lebensborn*.

Les orphelins du mal es una obra que entreteje perfectamente lo histórico con la ficción. Nicolás introduce personajes conocidos como *Otto Rahn*, *Rudolf Hess*, combinados con otros puramente ficticios. Sin embargo, la genialidad de este libro recae en el estilo del autor: su forma narrativa hace dudar al lector sobre lo que es verídico y lo que no; así como la forma en que describe los perfiles de los personajes, dándoles profundidad y haciendo de ellos individuos de una complejidad destacable.

Sin duda, uno de los mejores *thrillers* escritos dentro de la temática del nazismo, un libro emocionante y arriesgado.



Traducción de poemas breves de Ausiàs March



JUAN CARLOS CABRERA PONS

Poeta y traductor. Estudiante de la Maestría en Estudios Culturales en la Universidad Autónoma de Chiapas

XXIX

Sí com lo taur se'n va fuyt pel desert
quant és sobrat per son semblant qui l'força,
ne torna may fins ha cobrada força
per destuir aquell qui l'ha desert,
tot enaxí m cové lunyar de vós,
car vostre gest mon esforç ha confús;
no tornaré fins del tot haja fus
la gran pahor qui toll ser delitós.

XXIX

Así como el toro huye por el desierto
al ser superado por su semejante que lo fuerza,
no vuelve ya hasta tener la suficiente fuerza
para destruir a aquel que lo ha perjudicado,
así pues, a mí me conviene huir de vos,
pues vuestro gesto mi esfuerzo ha confundido;
no volveré hasta que del todo se haya esfumado
el gran pavor que me impide ser dichoso.

LXXX

Tot laurador és pagat del jornal,
e l'advocat qui pert lo guanyat plet.
Yo, per servir Amor, romanch desfet
de tot quant he, que servir no me'n cal;
he fet senyor del seny a mon voler,
vehen Amor de mon seny mal servit;
rapaç l'é fet e Déu a part jaquit,
e són setz anys que lo guardó esper.

Amor, Amor, poch és vostre poder
per altre hom com yo fer tant amar;
anau, anau vostres armes provar
en contra quell qui vostre no vol ser!

LXXX

A todo labrador se le paga el jornal,
y al abogado que pierde el pleito ganado.
Yo, por servir a Amor, quedo despojado
de todo cuanto tengo, que no me falta servir;
he hecho señor del juicio a mi querer,
al ver a Amor por mi juicio mal servido;
rapaz lo he hecho, y Dios dejado aparte,
y son dieciséis años que espero el galardón.

Amor, Amor, poco es vuestro poder
para hacer amar a otro tanto como yo;
¡andad, andad a probar vuestras armas
en contra de aquel que no quiere ser vuestro!

LXXXI

Axí com cell qui s veu prop de la mort,
corrent mal temps, perillant en la mar,
e veu lo loch on se pot restaurar
e no y ateny per sa malvada sort,
ne pren a me, qui vaig affanys passant,
e veig a vós bastant mos mals delir.
Desesperat de mos desigs complir,
iré pel món vostr'ergull recitant.

LXXXI

Así como aquel que se ve cerca de la muerte,
corriendo mal tiempo, peligrando en el mar,
y ve el lugar en que puede salvarse,
mas no lo alcanza por su malvada suerte,
me ocurre a mí, que voy pasando afanes
y veo que bastáis para aliviar mis males.
Desesperado por cumplir mis deseos,
iré por el mundo recitando vuestro orgullo.



Catrina,
ARTURO César Gómez ABURTO

LXXXII

Quant plau a Déu que la fusta perequa,
en segur port romp àncores y ormeig,
e de poch mal a molt hom morir veig:
null hom és cert d'algun fet com fenesqua.
L'ome sabent no té pus avantatge
sinó que l' pech sol menys fets avenir.
L'esperiment y ells juhís veig fallir;
Fortuna y Cas les torben llur usatge.

LXXXII

Cuando le place a Dios que la nave perezca,
en puerto seguro rompe àncoras y jarcia,
y de poco mal veo morir a muchos:
nadie es cierto de cómo termine algún hecho.
El sabio no tiene mayor ventaja,
sino que el necio suele atinar menos hechos.
Veo fallar a la experiencia y al juicio;
Fortuna y Azar les turban sus costumbres.

LXXXIII

Si co l malalt qui lonch temps ha que jau
e vol hun jorn esforçar-se llevar,
e sa virtut no li pot molt aydar,
ans, llevat dret, soptament, plegat, cau,
ne pren a mi, que m'esforç contr Amor
e vull seguir tot ço que mon seny vol;
complir no u pusch, perquè la força m tol
un mal estrem atraçat per Amor.

LXXXIII

Así como al enfermo que ha mucho tiempo yace
y un día quiere esforzarse en levantarse,
y no puede su virtud mucho ayudarlo,
antes, puesto en pie, súbitamente, cae doblado,
me ocurre a mí, que me esfuerzo contra Amor
y quiero seguir todo lo que mi juicio quiere;
no puedo cumplirlo, porque me quita la fuerza
un mal extremo causado por Amor.

LXXXVI

Si m demanau lo greu turment que pas,
és pas tan fort que m lleva l dir què pas,
y és d'admirar, passant, com no m trespasse
ingratiut, portant-me l contrapàs.
May retrauré de vostr amor un pas,
puix en seguir a vós, honesta, medre;
y si rahó me fa contrast, desmedre,
y és-me lo món, sens vós, present escàs.
Passe, penant, un riu de mort lo dia,
y en ser per vós, me dol fer curta via.

LXXXVI

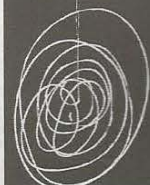
Si me preguntáis el gran tormento que paso,
pasa tan fuerte, que me impide decir qué paso,
y es de admirarse, pasándolo, que no me traspase
la ingratitud, llevándome el contrapaso.
No retraeré jamás de vuestro amor un paso,
pues en seguiros, honesta, medro;
más si me hace contraste la razón, desmedro,
y me es el mundo, sin vos, un don escaso.
Paso, penando, un río de muerte, el día,
y en ser por vos, me duele hacer corto camino.



El Tanatófago

CLAUDIA MORALES RAMÍREZ

Estudiante de la Maestría en Antropología Social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social



Milan Sonev era un hombre común, y ayer a esta misma hora, no sabía nada de Mario, que hoy organizaba cada una de sus acciones y pensamientos. Había prendido la cafetera, la oyó gotear, y quizá, no recuerda bien, se reclinó contra la ventana. No se oía ninguna clase de accidente, ni siquiera un atropellamiento chiquito; de lo que está seguro es que no conocía aún a Mario. Apagó la televisión, no habían dicho nada de su interés.


Fue al trabajo y no fue sino hasta que regresó cuando lo topó en el pasillo del edificio. Lo deslumbraron sus piernas color ébano, torneadas y brillantes por el sudor, el jovencito cargaba un balón de fútbol entre las manos. Mario subió los escalones de dos en dos, el blanco de sus ojos brilló en el claroscuro del pasillo.

—Mario, ¿qué horas son estas de andar en la calle?

Una mujer abrió la puerta de un departamento al fondo del pasillo, la ocultaba la oscuridad que no llegaba a espantar los focos. Mario se cruzó con Milan al final de las escaleras y le regaló una sonrisa extensa, antes de correr hasta donde la voz de su madre lo llamaba. Vio poco a poco oscurecer su espalda en el pasillo hasta que desapareció tras una puerta que se azotaba.

Milan Sonev era un hombre común, con la diferencia de que tenía un gusto peculiar: Milan Sonev era un tanatófago empedernido. Iba al súper como todos los hombres comunes, vestido siempre con trajes oscuros y zapatos pulidos con vaselina, daba clases de Matemáticas en una secundaria, y manejaba un coche azul; no tenía gatos porque siempre terminaban antojándosele. Pero le gustaba regar plantas, tenía un pequeño jardín en su terraza. Todos los que veían su departamento desde fuera pensaban: “Hé ahí la casa de un hombre común, que ama los jardines”. Milan Sonev no había amado nun-

ca, una vez pensó haberse enamorado de una niña, cuando era muy joven, en la época más amarga de su existencia: era una niña que ayudaba a su mamá a lavar la ropa en su casa, la veía colgar las sábanas en el techo, observaba cómo la ropa húmeda le mojaba la camisa, que se le pegaba a los pechos pequeños, apenas como dos picos tiernos sobre el pecho plano. Entonces, ya era un tanatófago irremediable, lo supo desde la adolescencia; él no vivía como los niños de su edad: de papitas y raspados con chile, o *bolis* después de clases. Él tenía hambre siempre, aún después de haber empujado la comida por su garganta. De niño se sentaba en la mesa de cedro cubierta por el mantel bordado de la abuela y comía bocado a bocado, mientras la abuela, su madre y su nana lo observaban y vigilaban como celadores su plato, “come, come, come”, todas se turnaban para recriminarlo; comía las papas hervidas, el caldo de huevos y bebía hasta el fondo el licuado de nopales con plátano. Aún así se dio cuenta que siempre tenía hambre. La primera vez que estuvo satisfecho fue cuando la abuela murió, después de pedirlo por años, en los que mantuvo una estable enfermedad curable, al fin, murió de vieja. Se acercó a ella, estaba vestida de blanco, sintió cómo el olor putrefacto emanaba de su boca abierta, estaban esperando a los de la funeraria, su madre lloraba en la sala, apretando una servilleta dentro de un puño. Milan se acercó a la boca de la abuela, le sacó la lengua, sopesó su tamaño, vio la lengua morada y seca, le dio un lengüetazo, sintió cómo su cuerpo se sacudía, cómo se enfriaban las plantas de sus pies. Se sintió extasiado por el amargo y espeso sabor de la muerte. Fue así como comenzó a recorrer el cuerpo flácido de su abuelita, a comer la materia viscosa que cubría el vello aún tibio de su cuerpo enjuto. Siguió por horas sin dejar ni un solo orificio sin probar, al final sintió su cuerpo reanimado, los sentidos



abiertos, seguidos de un adormecimiento sereno. Se sintió por primera vez satisfecho. Volvió a meter los restos de la lengua de la abuela dentro de su boca y la cerró, la vistió y compuso la cama. Regresó a su cuarto y durmió por primera vez sin morir de hambre.

Ése fue el inicio de un vicio incontenible, por años intentó combatirlo, se limitó por once meses y medio. Pero desembocó en un hambre enfermiza, en el malhumor colérico que lo llevaba a encerrarse en el cuarto y decir oración tras oración. Su familia no era católica, ni religiosa; su abuela había sido la esposa de un ruso comunista que huyó de la Unión Soviética. No conocía ninguna oración, la única que sabía la aprendió solo: “Júzgame, ¡oh, Dios!, porque yo mismo he andado en mi propia integridad, y en Dios he confiado para no estar vacilante”, repetía el mismo versículo hasta que desfallecía por el hambre.

Fue en esos tiempos en los que llegó la hija de la lavandera, con las marcas de desnutrición en la cara y el cuerpo raquíptico que también desfallecía por el hambre. Fue el deseo de poseerla lo que lo llevó a matar a los pájaros de su madre, a devorar sus cerebritos tibios, a destazarles y lamerles las concavidades de los ojos metiendo en ellas su lengua tibia y apremiada. Cuando la niña cayó de la azotea mientras colgaba la ropa, él corrió al patio a lamer el cuerpo ensangrentado. Cuando bajó su madre, la encontró muy limpia y hasta le pareció mentira que estuviera muerta. Esa niña estropeada sobre el piso del patio era la imagen más hermosa que Milan Sonev conservaba en su mente. Después de ese acontecimiento, Milan se volvió un hombre común, se mudó de la casa de su madre después de enterrarla, consiguió un trabajo, iba al supermercado y compraba víveres, también logró sobornar al vigilante de la morgue cercana para que lo dejara entrar una vez por mes. Desarrolló una rutina de ejercicios que lo mantuvieron sereno, y con la capacidad de aguantar el hambre y la ansiedad, hasta esa deleitosa única vez por mes en la que se le desbordaban todos los sentidos. Últimamente, no había habido muchas muertes, lo que lo tenía un poco decepcionado. Era una temporada baja de accidentes, todas las mañanas se preparaba café y prendía las noticias, ninguna tragedia significativa, nada. Había una carencia total de vísceras, salvo la cuota constante de los vagabundos atropellados.

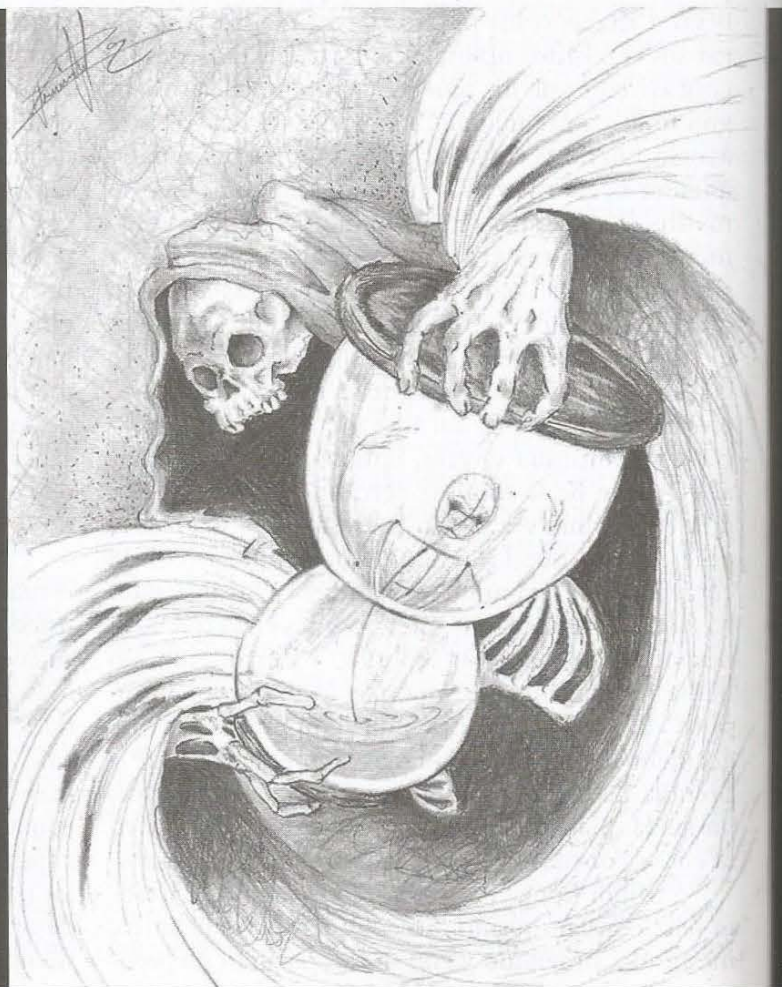
Milan Sonev era un hombre común. Bastante feliz consigo mismo. Se consideraba ahorrativo, mesurado, ordenado y con una capacidad sorpren-

dente para resolver crucigramas y acertijos. Nunca había vuelto a enamorarse. Hasta que vio a Mario, y volvió a sentir una comezón intranquila en el cuerpo, y una respiración agitada; le pareció que lo veía en todas partes. En la mañana, cuando iba camino al trabajo, lo veía bajar las escaleras con el uniforme de alguna secundaria, con la mochila colgando a un lado y un balón dentro de una red. Mario tenía un olor que antes le había parecido nauseabundo, olía a tierra húmeda, a planta recién regada. Tenía un olor varonil y audaz que lo sofocaba. Comenzó a sentirlo siempre cerca de él, lo veía jugar en la calle desde su terraza cuando regaba sus plantas. Mario era en realidad malo jugando fútbol, pero se entusiasmaba, era sin duda el mejor amigo de los de su equipo, y quizá esa era la única razón por la que lo dejaban participar y echar a perder las jugadas. No importaba cuánto lo intentará, siempre terminaba en el piso: “Mario, era para acá, no en el poste”, “¡poste Mario, Mario posteee!, ¡aaaaah... casi era gol, Maaarioo!”. Milan lo observaba desde su terraza, cortaba las hojas secas de sus plantas, las regaba con un atomizador. Mario se levantaba una vez más del piso, con las rodillas a punto de reventar en sangre, sangre caliente, sangre viscosa como mermelada, como la mermelada de pasa de la abuela. “Júzgame, oh, Dios, porque yo mismo he andado en mi propia integridad, (con grumos suaves) y en Dios he confiado para no estar vacilante, (y tibios)”. Arrojó el material y entró a la casa, estuvo mucho tiempo viendo al techo, apretando los ojos hasta observar manchas de colores. Tenía un hambre insaciable, pero era más que hambre, era un antojo voraz que lo consumía. Caminó alrededor de su departamento, hasta que al final, decidió, sin saber bien por qué lo hacía, tocar a la puerta de ese departamento al final del pasillo; se peinó, y colocó dos libros de Matemáticas bajo el brazo.

Le abrió la madre, era una mujer joven —¡Ah el maestro de Matemáticas!, justo había pensado en usted, viera que Mario, mi hijo... verá usted, son su coco las matemáticas, muy listo para todo lo demás, pero son las condenadas matemáticas, las que no le entran— dijo, mientras le servía una taza de café. La casa tenía muebles cubiertos por pequeños manteles bordados y fotos de Mario en todas las etapas de la infancia; oyó el sonido de una jaula de pájaros que colgaban de la terraza. —Ah, ¿le gustan los pájaros? Son mi adoración, pero siempre se me desaparece uno, sin importar lo que haga, siempre, siempre.

El olor de Mario poblaba la casa, los sillones olían a su piel juvenil, y en el pequeño patio de la cocina estaban colgados sus uniformes y la ropa del fútbol. Intentó ser amigable con la madre, pero sentía todo su cuerpo a punto de estallar por la necesidad de satisfacerse, consolarse apretando fuerte la cabeza de Mario contra su pecho. Dejó los libros sobre la mesa de la cocina, se despidió y salió del departamento. —¿Está usted bien?— oyó la pregunta extinguirse en la oscuridad. Justo salía del departamento cuando encontró a Mario terminando de subir las escaleras. Se observaron por varios minutos, hasta que Milan comenzó a subir la escalera angustiado, reconoció la mirada ansiosa del niño. Oyó cómo Mario dejaba caer sus cosas para seguirlo, escuchó sus pasos chocando contra las losetas,

después de los suyos, siguiéndolo de cerca, lo necesitaba más cerca de él. Subió el último piso hasta llegar a la azotea, el viento le golpeó la cara de lleno, la ciudad entera resplandecía como en llamas debajo. Sintió el tembloroso aliento de Mario detrás de él, caminó los últimos pasos, volteó a ver su figura, su cuerpo delgado y construido, el color ébano de sus brazos que temblaban ansiosos; Milan Sonev lo observó con ternura, estiró una mano y tocó la piel del muchacho, hervía en fiebre, acercó su pulgar a sus labios y lo introdujo dentro de su boca, antes de dejarse caer de espaldas, sin dejar de verlo a los ojos hasta que le fue posible, y reconoció dentro de su mirada, burbujear un hambre tan malsana como la suya y también se vio a sí mismo: vio cómo su propio cuerpo pálido y mórbido se precipitaba.

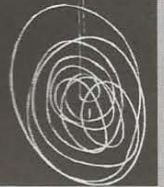


Death, Pamela Carballo Hernández

2:17



OSCAR ALBERTO MURILLO RUBIO
Egresado de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA



A pesar de la pérdida de tres pares de botas, dos fracs, tres camisas, cuatro pantalones, cinco pares de calcetines y un sombrero, Duxel había logrado conseguir las reliquias para curar a Lishna. El s.c.p.r. (síndrome-cronológico-pectoral-regresivo) que obstruía su flujo vital sólo podía combatirse con las manecillas de un reloj solar marino, las tres astillas de la guadaña de un espantalangostas nocturno, un engrane del cronómetro campana de un pájaro arquitecto, la pieza de ajedrez indispensable para un jaque enroque, el "4" de un medidor de tiempo espiritual onyxado en la torre diestra de un santuario y el tazón blanco de una balanza que pesa la cordura. Todo envuelto en un recipiente cristalino sellado cuidadosamente con aceite dracónico congelado.

Miró al cielo y dio un largo suspiro de bienestar. Pasó por la multitud de obstáculos para dirigirse a la pista ferro-auto-viárea para esperar el trenbús "250" que lo llevaría cerca de la provincia Madnoct. Al llegar consultó su reloj de sombrero: 9:12 nocharés. Su transporte arribó 26 minutos después.

Dentro del vehículo encontró un codificador de mensajes auditivos en tiempo real. Sujetó el altavoz y marcó 3-5-19-21-8-1.

—Lishna, he conseguido lo necesario para salvarte. Pronto estaré en casa.

—Estoy muy contenta por escucharte finalmente, Duxel. Creí que algo te había ocurrido. — La voz fue débil.

—¿Te encuentras bien?—La pata empezó a moverse involuntariamente y el pecho a retumbar como si fuera lo único que podía hacer para salvarse.

—Estoy bien, no te preocupes... sólo ten cuidado en el trayecto. Te amo.

—Te lo prometo. También te a...

Deposite dos gotas de mercurio para continuar con la comunicación.

En vano hurgó en sus bolsillos por una cápsula con el valor pedido: el tiempo de tolerancia del artefacto había terminado. Cerró el codificador y fue a un asiento junto a un espejo invisible. A las 9:56 inició el viaje.

A dos tercios del recorrido el trenbús se detuvo bruscamente. Desesperado, Duxel se dirigió a la cabina del conductor y tocó con tal fuerza que cada *puij, puij* hacía brincar las ventanas. La puerta se abrió mostrando los grandes ojos somnolientos del búho piloto.

—Por el amor del Artesano, ¿por qué infravernos se detienen?

—El trenbús se ha quedado sin antigüedades.— La respuesta fue demasiado tranquila, más de lo habitual.—No se preocupe, en un momento lo arreglamos.

—Dese prisa.— Por los tartamudeos las palabras apenas fueron perceptibles. Regresó a su asiento y sus garras comenzaron a temblar. 11:23.

El piloto ordenó a la legión H.O.R.M.I.-G.U.I.S.T.I.C.A. que arrojara muebles antiguos e instrumentos clásicos musicales a la cámara intestinal del vehículo. El engrane-ventilador empezó a triangirar y el transporte volvió a moverse. 12:37 madrugales.

Durante el viaje restante, Duxel miraba el reflejo del paisaje mientras se mordía las garras. Finalmente llegó a Madnoct en el preciso momento en el que se quedó sin objetos que masticar. 1:02. Al salir del transporte apresuró el paso a la salida de la pista ferro-auto-viárea y justo en la puerta principal fue detenido por los cocodrilos de rojo para asegurarse de que no cargaba con objetos ilegales.

—Levante las patas.

—Con un Cuérdeno... Está bien, laicifo.— Mientras era registrado murmuraba toda clase de maldiciones e insultos creados y por inventar. 1:29.

En la calle esperó a que un carro alegórico desocupado hiciera presencia. Hizo la señal de “Dente” tres veces y una más. La cuarta ocasión fue la elegida. Abrió la puerta y se sentó en el asiento ubicado en la retaguardia del copiloto.

—Lléveme a la colonia Siempre luna sonriente, calle Medianoche.— El hipopótamo separó la pata del volante sin mutar su gesto amargado por la gravedad al oír el aullido urgente.

—Más despacio, no le entendí.— El chofer se acomodó la camisa eternamente sudada.

—Vaya, a, la, colonia, Siempre, luna, sonriente, calle, Medianoche.— El mamífero terracuático mostró sus dientes asimétricos de queso roído pareciendo formar una sonrisa.

—Haberlo dicho antes.— Giró el volante 270 grados a la izquierda para luego pisar el acelerador. 1:46.

Después de varias vueltas sin sentido en la colonia Camino Recto y haberse perdido dos veces en la Directo, el carro alegórico llegó a su destino.

—Gracias.— La paga por el servicio fue la mitad del costo total.

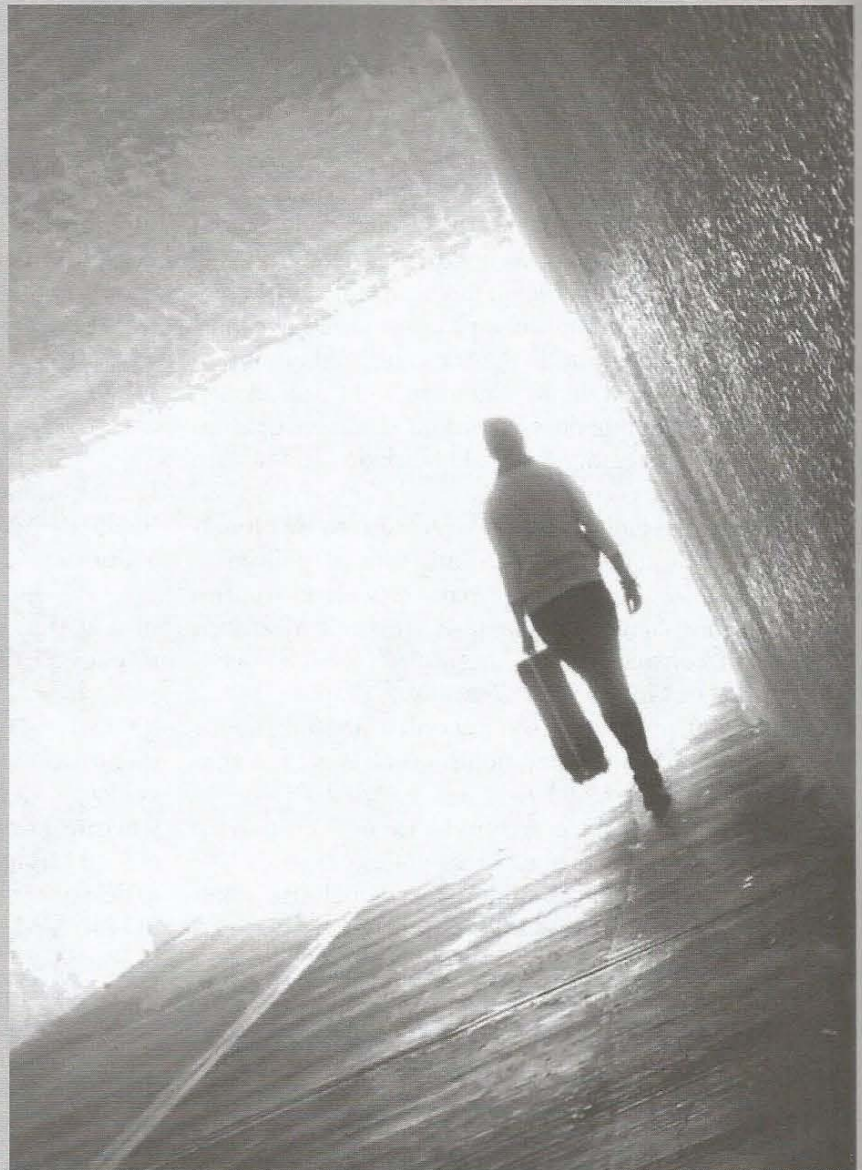
—No hay de qué.— El chofer arrancó mientras murmuraba “injusticias sociales” en voz alta al silencio.

Duxel entró a la casa. Subió las escaleras rápidamente al punto de trastabillar más de tres veces hasta llegar a la habitación que compartía con Lishna. En sus patas sostenía el contenedor de las reliquias con fuerza, sólo había que cambiar el engrane principal derecho, reemplazar el “4” y colocar las manecillas en el reloj pectoral de ella, después hacer un té con las astillas de la guadaña, endulzarlo con la pieza de ajedrez y servirlo en el tazón de la balanza; así el S.C.P.R. se neutralizaría.

—¡Lishna, he llegado!

Él se acercó a su pareja e intentó despertarla. Al observar el

cuerpo sin reacción tiró las reliquias por la agitación desesperanzada de su pata. El nombre de “Lishna” se escuchó primero en la habitación y después por toda la casa en aullidos desgarradores de oídos, hasta que su garganta ardió mientras que los ojos derramaban tormentas lacrimosas. Temblorosamente, Duxel descubrió el pecho para percatarse de que el reloj pectoral de su amada se había detenido a las 2:17. Él había llegado 180 segundos después.



Fm del camino, Bastian Jared Ramos Delgado

Más allá de la muerte

Juan de Dios Arieti

Estudiante de 3º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

La muerte que devora con justicia a aquellos que gozan de mansiones henchidas de dinero, opulentos lujos, atuendos elegantes, finas joyas y ambiciones insaciables, así como lo hace con aquellos que no poseen más que un hogar humilde, sencilla vestimenta y tímidos anhelos, sin más adornos que los que la naturaleza les ha brindado desde el nacimiento.

La muerte que igualmente bebe el fresco néctar de los años fuertes y lozanos, lo mismo que el añejo vino de la edad más frágil y extenuada.

Esa muerte que marchita los gráciles lirios de la apariencia por más alta que llegue a ser su hermosa gracia.

No podrá devorar la riqueza del corazón virtuoso, ni beber del mar del alma sabia, ni marchitar la belleza del espíritu amoroso.



El último deseo

Jocelyn Denise Facundo Moreno

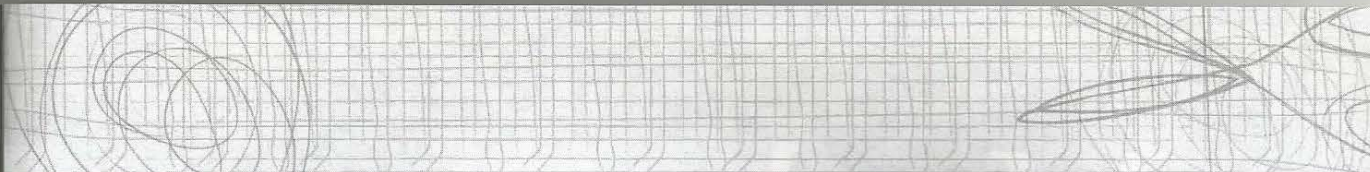
Estudiante de 5º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

El viento laceraba las heridas para mantenerlas al rojo vivo. Con la carne expuesta, el dolor no era invisible, ni un invitado ignorado entre los presentes a tan inusitada recepción. Desde el momento de mi llegada la hierba mojada había calado en mis huesos; los rostros conocidos evocaban los recuerdos casi olvidados, más bien ignorados. Los árboles susurraban los secretos ocultos, se alzaban hasta el cielo como queriendo llevar a él la verdad, pero las nubes grises eran una barrera inquebrantable. Otro susurro, más bajo, que sonaba como un eco lejano era opacado por las gotas de lluvia que golpeaban los paraguas de los presentes.

Es casi un cliché cuando alguien muere en las historias, el cielo está triste, llora por los muertos, como hoy que el manto gris del cementerio se funde con la lluvia para remarcar el cuadro triste del adiós. El padre sigue con su sermón en el que busca consolar a los vivos, asegurando que la vida después de la muerte, existe; pero su letanía es casi inaudible cuando los recuerdos, ahora no tan ignorados, reaparecen con fuerza inundando de tristeza mi triturado corazón. Cierro los ojos, despabilo el oído, trato de concentrarme, el zumbido de la plegaria ya no se escucha más; en cambio, los murmullos de lejanas conversaciones que tuvieron lugar en un pasado ignorado acometen sin piedad.

La lucha no tiene cuartel, del lado negro del tablero de ajedrez: su voz, sus palabras, su adiós; del blanco: las gotas de lluvia que caen con más vivacidad... blanco, negro, la lucha interminable. Abro los ojos bruscamente, con tanta velocidad que la poca luz de la tarde los golpea y lastima por lo enrojecidos y húmedos que están; no es la lluvia, son lágrimas, lágrimas de verdad, que permiten, a su vez, alejar los recuerdos.

Ahora el ataúd gris desciende con lentitud y, como si de una broma macabra se tratase, se atora, no quiere ir, no ahí abajo, no a la oscuridad y al encierro... ¿Es que no lo ven?, ¿o no quieren hacerlo? Ella no quiere quedarse en esa fosa, sola, sin él. Quiero gritar, decirles a los sepultureros que se detengan, que no traten de arreglar la falla, de acercarme a ese ataúd gris y abrirlo de golpe, sacar a mi amiga de ahí y zarandearla para que despierte, para que me diga que era sólo una broma, que se sienta culpable por el dolor que me ha causado, que me pida perdón y yo haciéndome la digna, como siempre, asegurarle que no será tan fácil que la perdone. Pero algo me detiene, José se separa de la multitud y avienta a uno de los sepultureros, después empuja al otro, y entonces es detenido por Diego, su musculoso hermano mayor, ambos luchan, caen al fango, recrean en la arcilla el dolor y la desesperación, la diferencia entre ambos es indudable y, sin embargo, el más pequeño se mantiene, lucha con todo su ser, su cabello antes rubio y brillante es ahora una plasta negra e irreconocible, como su alma, su corazón. Él quiere ir con ella, no le parece justo que lo haya dejado atrás; el mayor gana finalmente confinándolo al lodo y él al verse derrotado se deja abrazar, no se mueven, se consuelan. El silencio abrupto descontrola a todos, el padre ha callado, la lluvia ha cesado, el viento se ha desvanecido al mismo tiempo, como si jamás hubiese existido. Los sepultureros siguen con su labor, el ataúd cede y comienza a bajar, provocando un chirrido ensordecedor que obliga a algunos de los presentes a cubrirse los oídos con las manos, queriendo escapar de aquel horror.



Es insoportable, ¿por qué su madre no me escuchó?, ¿por qué no escuchó a nadie? Todos sabíamos que ella quería regresar a casa, escapar con el viento, no verse confinada al encierro, ella claustrofóbica y la encerraban para la eternidad. Su madre estaba ahí, justo frente a ella, con un pañuelo seco en las manos y el rostro cubierto por un velo negro; tal vez no fue capaz de vestirse de fiesta en el funeral de su única hija, pero estoy segura que le alegraba la idea de saberla ahí encerrada, protegida y alejada de José. Ha de preferirla muerta a verla feliz. Pero, ¿no son las madres las que velan por la felicidad de sus hijos? Sí, estoy segura de que ella cree, en su perverso mundo, que de esa forma está velando por ella, ahora la tendrá en un altar donde rendirle culto, controlada.

Es insoportable, doy media vuelta y camino unos pasos, en el primer ciprés me sostengo, lo miro, parece infinito; las nubes comienzan a alejarse a paso muy lento. El cielo quiere abrir las puertas, quiere conocer los secretos que esos árboles le pueden contar. Puedo sentir en mi pecho la carta que Lucía me dejó, tuvo que enviarla por correo tradicional porque su madre controlaba sus cuentas de internet, se daría cuenta de sus planes como otro acto inesperado. Un día después del deceso, la carta apareció en mi buzón, hay unas líneas para José, no me atreví a leerlas, son demasiado privadas.

El viento reaparece, vuelve a susurrar, se muere de ganas de llevar las noticias al cielo, me acaricia con las gotas de rocío que caen del árbol de los cementerios. Tengo que limpiarme el rostro, paso mi manga húmeda por él y entonces enfoco la vista al frente, sobre la colina hay una sombra bajo un paraguas, aún tengo agua en mi rostro y lágrimas en mis ojos, no necesito ver con claridad para saber quién es. Al final logró conseguirlo, llegó justo a tiempo; sé que él también me está observando, mi cuerpo se estremece cuando me mira, me reclama. Una mano en mi hombro me devuelve a la realidad, es José, me arrojo a sus brazos y lo siento estremecerse junto a mí. No sé cuánto tiempo ha pasado pero al separarnos, por valentía o incertidumbre, el lugar está desierto, la gente se ha ido, la fiesta ha terminado. Un ruido sordo se escucha a lo lejos. Es una camioneta, de ella baja el chico que antes estaba en la colina, lleva dos palas en sus manos, le da una a Diego, en silencio comienzan a cavar. Es imposible que una sonrisa no se dibuje en mi rostro. Llevo mis manos temblorosas a la carta que escondo celosamente y se la tiendo al chico que está a mi lado, avanzo unos pasos, y lo dejo a solas para que lea la despedida del amor de su vida. Yo miro al frente, avanzo, dejo de respirar, no me había equivocado, el chico de la colina, el que me hace estremecer, con su uniforme militar, me mira, me sonríe y me envuelve en sus brazos.

*...deja que mamá me sepulte, tendrá su altar, pero no a mí, yo ya no le pertenezco, ayúdame a volar, quitame de ese lugar oscuro y libérame, ya le mandé una carta a Diego, donde expreso mi voluntad, es una suerte que trabaje en una funeraria, ¿no? Sonríe, hazlo por mí, es nuestra última aventura, nuestro secreto. Amiga, no dejes que nadie controle tu destino, sé que él también estará ahí, no lo dejes ir. En el sobre están los pasajes, ya no están a mi nombre, están al tuyo y al de él. Úsalos, escapa antes de que sea demasiado tarde. Te quiero, pero no te extrañaré.
Mejores amigas, por siempre, tal vez.*



Marlene

Omar Tiscareño

Estudiante de 7° semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA



En este momento Marlene perderá la vida, será victimada por la ira.

Ernesto la besó hace poco. La encontró en el campo huyendo, bajo un cielo que se aseveraba y se volvía gris:

Eres el susurro de las hojas caídas, de las voces que crujen en el suelo, eres el miedo de la margarita que se diseca antes del atardecer, eres el canto vencido de los tordos. El césped aprisiona bajo tus pies la tierra, una serpiente escurre su sombra cerca tuyo y te vigila, cuida de ti; los insectos reverberan bajo tu mismo tararear para que se sientan enjambrados por la luz de tu voz. Marlene, lo sabes, te busco como el pájaro confundido al que le robaron el día, te pienso como algo que me fue arrebatado, pero que nunca tuve.

Después, Marlene lo miró y sonrió discreta, señaló con esto cierta coquetería. Se mordió un poco el labio inferior y Ernesto dejó escapar el vendaval de su pecho. La alcanzó, tomo sus manos y ella cedió. Acercó su rostro hacia el suyo y ella insistía en sonreír:

Ernesto, si supieras que te deseo igual, que cada noche también te pienso. Me dejo observar por ti porque así me siento segura, siento que algún día me salvarás de la farsa, que vencerás con tu mirada las sombras y que me regresarás a donde nunca he ido, a estar contigo.

El viento zarandeó sus cuerpos y los juntó, Ernesto apenas y rozó sus labios con los de ella (la serpiente se enrosca y agita su cola, se traga el veneno). Muy poco o suficiente ha escuchado Marlene el sonido de un cielo que se corrompe, le pidió a Ernesto que la dejara y éste obedeció.

Antes, un poco antes de esto, Marlene cerró con fuerza su puerta y se apresuró hacia el campo. Respiraba con fuerza y con furia:

Es un idiota, no entiende. Me verá morir de tristeza y me tendrá que sepultar con todos los ríos de mis lágrimas. Lo peor es que no se da cuenta y cree que soy así, que nací bajo el signo de Saturno, que lloro porque me es fácil llorar. Y si se lo dijera, si tuviera el valor, me mataría, indudablemente, mas ese sería mi consuelo, ¡ya no sufrir!

Atrás de esa puerta cerrada estaba Aurelio, quien lloraba en silencio. No es para nada un idiota, sabía lo que ocurría: su mujer se había enamorado de alguien y él no supo cómo sobrellevar la situación. Todos los días se esforzaba en provocarle una sonrisa, pero fracasaba:

Si con amor me esfuerzo en labrar nuestro nidal, y con nostalgia rompes los muros de esta casa, ¿cómo soportar tu llanto cuando sé que otro te da alegría? Y dices que todo es culpa de mi obsesivo amor, ¿eso no da razón para que me comprendas y cedas al menos un beso?, ¿cómo explicas, entonces, si tanta es mi fascinación por ti, que en este falso idilio nunca haya sentido siquiera tus manos? Y lloras cada vez que te toco, pero sé que alguien más con sólo mirarte te hace reír.

Aurelio sale a perseguirla, carga su dolor muy cerca del pecho al igual que la serpiente arrastra su sombra sin que la vean. Lleva consigo una daga, presiente con quién verá a su esposa. El cielo se asevera y se torna gris.

El terror definitivo



Sin título, Marco Laureano



El terror definitivo

Luis Muñoz Fernández

Anatomopatólogo del Centenario Hospital Miguel Hidalgo



El miedo a la muerte es universal porque ejerce sobre nosotros la fascinación de lo inevitable. Trato de imaginar qué pasaría por mi cabeza si estuviese frente a la certeza de una muerte inmediata; por ejemplo, solo, desarmado y sin escapatoria posible ante un tigre de bengala hambriento. No lo sé con certeza, porque pienso que lo que se nos ha dicho al respecto —la consabida sucesión rápida de imágenes que resumen la propia vida—, me parece improbable en todos los casos. Tal vez mi mente divagaría malgastando los últimos minutos de luz antes de sumirse en esa oscuridad sin nombre y sin final. No lo sé.

Puede que haya todavía un miedo mayor que el pavor a la muerte: el terror a ser enterrado vivo. Algunos lo han llamado el terror definitivo o nuestro miedo más puro. Pocos lo han descrito mejor, desde la perspectiva del propio inhumado, que Edgar Allan Poe (1809-1849):

La intolerable opresión de los pulmones, las sofocantes emanaciones de la tierra húmeda, las vestiduras fúnebres que se adhieren, el rígido abrazo de la morada estrecha, la negrura de la noche absoluta, el silencio como un mar abrumador, la invisible pero palpable presencia del gusano vencedor, estas cosas, junto con los recuerdos del aire y la hierba que crecen arriba, la memoria de los amigos queridos que correrían veloces a salvarnos si se enteraran de nuestro destino, y la conciencia de que nunca podrán enterarse de él, de que nuestra suerte desesperanzada es la de los muertos de verdad, estas consideraciones, digo, llevan al corazón aún palpitante a un grado de espantoso e intolerable horror, ante el cual la imaginación más audaz retrocede. No conocemos nada tan angustioso en la tierra, no podemos pensar en nada tan horrible en los dominios del más profundo infierno.¹⁰

¹⁰ Edgar Allan, Poe, "El entierro prematuro", en *Cuentos completos*, Páginas de Espuma, México DF, 2008, p. 204.

Ese miedo llegó a ser bastante común en los siglos XVIII y XIX y tenía su origen en la dificultad que existía entonces para diagnosticar la muerte. Un problema frecuente entonces, y más raro en nuestros días. El diagnóstico de la muerte no es un tema pasado de moda. Hoy, con el auge de los trasplantes y la donación de órganos cadavéricos, la certificación de la muerte ha cobrado gran actualidad y se puede obtener con mayor certeza y facilidad gracias a la tecnología. Sin embargo, no siempre fue así.

En la antigüedad, la ausencia del latido cardíaco era considerada como un signo confiable de muerte. El corazón era el asiento de la vida. Aunque se intuía que el cerebro tenía que ver con el razonamiento y las sensaciones, seguía sometido a la existencia de un corazón palpitante. En contraposición con el papel central del corazón, hoy hablamos de muerte cuando el cerebro ha dejado de emitir las señales eléctricas de la actividad neuronal. Evidencias que registramos con el electroencefalograma no una, sino varias veces antes de proceder a la extracción de los órganos que serán trasplantados. Hoy el cerebro ha desplazado al corazón como el asiento de la vida y se ha convertido en la residencia del alma. De la cálida y acogedora habitación en medio del pecho, la hemos mudado al norte de la anatomía, que, como en la geografía planetaria, suele ser mucho más fría.

Jacob B. Winslow (1669-1760) era pariente de Niels Stensen (en latín, Nicolaus Stenon), famoso médico que describió el conducto excretor de la glándula parótida. En 1740, Winslow, que formaba parte de los científicos adscritos al Jardín Real de París (hoy Jardín Botánico, sede del Museo de Historia Natural), escribió una tesis sobre la incertidumbre de los signos para establecer el diagnóstico de la muerte. Años después, el médico parisino Jean-Jacques Bruhier d'Ablaincourt tradujo la tesis de Winslow del latín original al francés, le agregó algunos datos propios y la tituló *Disertación sobre la poca certeza de los signos de la muerte*. Su obra se convirtió en lo que hoy denominamos un *best seller* y de esta manera contribuyó a fomentar en toda Europa el temor a los entierros prematuros. Gracias a la insistencia de Bruhier y sus seguidores, se popularizó la creencia de que el único dato cierto sobre la muerte de una persona era el inicio de la putrefacción y la aparición de "manchas lívidas".

Estas ideas tuvieron un profundo impacto en varios países. En Alemania, por ejemplo, varias ciudades emplearon inspectores de los muertos que examinaban minuciosamente los cadáveres. Si surgía la duda sobre su estado mortal, tenían la obligación de emplear todo tipo de medidas para lograr su resucitación. Esas medidas podían ser brutales. Iban desde irritar la nariz con una pluma de ave, insuflar humo de tabaco mediante una sonda anal o cortar las plantas de los pies con un cuchillo, hasta el empalamiento con un hierro candente que se introducía por el ano del infortunado. Con semejantes exploraciones, era preferible estar bien muerto.

También en Alemania se construyeron *Leichenhäuser* o morgues de espera, donde se guardaban los cuerpos hasta que mostraban signos de descomposición. Hasta contaban con un médico

de guardia que acudía en el caso de que apareciese algún signo de vida en los huéspedes. Llegaron a construirse algunas morgues de espera con más de veinte camas, personal de enfermería permanente y visita médica por turno. Los cuerpos reposaban cómodamente y estaban conectados a un sistema de campanas que los yacentes podían accionar por medio de cuerdas atadas a sus manos, avisando así al personal que acudía al punto. En Francia hubo varios intentos de construir instalaciones parecidas, pero ni Robespierre, ni Marat, ni Danton se interesaron. Seguramente consideraban suficientemente segura la ejecución tajante con la guillotina que utilizaron con tanto entusiasmo y frecuencia en contra de sus enemigos políticos. A finales del siglo XIX, se patentaron varios ataúdes de seguridad, como el que diseñó el inglés George Bateson; le permitían al ocupante abrirlo desde adentro y alertar a quien pudiese acudir en su auxilio.

El miedo a ser enterrado vivo se expresó también en la pintura. El pintor romántico belga Antoine Joseph Wiertz (1806-1865) nos dejó un óleo al que tituló *La inhumación precipitada*. En este lienzo se puede observar al personaje principal, víctima del cólera, levantando apenas la tapa del ataúd para constatar que se encuentra en una cripta en la que yacen dispersos los huesos de otros difuntos. La mirada y el rictus del infortunado nos permite comprender el terror profundo en el que se encuentra. La forma más pura y fundamental del miedo.

Existe una condición en la que las constantes vitales parecen desaparecer por completo, el cuerpo se pone rígido y la piel se torna pálida. Se llama catalepsia y puede ser inducida por la enfermedad de Parkinson, la epilepsia, la esquizofrenia, ciertas histerias y el consumo de cocaína. El sujeto parece un cadáver y puede ser enterrado vivo. El cataléptico representa el polo opuesto del vampiro. Es un vivo no tan muerto, mientras que Drácula es un muerto viviente. Se dice que los extremos se tocan. Lejos de lo que antes se creía, la vida y la muerte parecen estar separadas por una puerta delgada y frágil que sólo se franquea una vez y en un solo sentido.

Hoy el antiguo terror al entierro prematuro casi ha desaparecido. Lo hemos sustituido por algo tal vez peor para quien lo sufre: el sostenimiento inhumano de la vida, gracias a la tecnología médica que prolonga sin sentido la agonía del enfermo terminal. De la inhumación precoz al encarnizamiento terapéutico.



ÁRBOL, ARTURO CÉSAR GÓMEZ ABURTO



Uno del otro

Omar Tiscareño

Estudiante de 7º semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA



Uno enterrará al otro,
luego se sepultará a sí mismo
sobre el primero,

ya bajo tierra, seguiremos conversando
hasta el fastidio.

Así somos, nos gusta fingir que uno vive del otro.

No sabemos si atarnos
o evadirnos,

buscamos entre los escarnios al amor,

y cuando ya casi lo encontramos,
nos decimos:

“Hoy dan muchas ganas de dejarse morir, ¿no?”

Conarium

RODRIGO GONZÁLEZ REYNOSO

Estudiante de 8° semestre

de la licenciatura en Medicina (Médico Cirujano)

Y porque es única, soportada por el plexo coroideo y permanentemente inflada por los espíritus que han sido elaborados, es sólo en esta glándula en la que las apariencias dobles recibidas a la vez por los ojos y los oídos pueden y deben ser unidas: "pues sólo hay una facultad del sentido, y un órgano sensorial supremo".

Jean Cousin, An kônarion sensus communis sedes?

I

—¡Deja de joderme la existencia! Te arrancaré de ahí, de tu rinconcito idiota, me importa poco si te secas. Te abandonaré en la coladera para que sirvas de alimento a las hormigas.

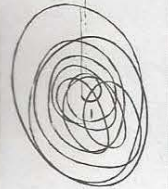
Podría aparentar que cada vez soy más enérgico en mi odio, pero es todo lo contrario. Me cansa, siento que realmente estoy lastimándola y me duele a mí también. Quisiera asegurar que me escucha y comprende todo lo que le digo, pero me han dicho que no es así, y que mis elaborados insultos son fútiles.

Mis recuerdos de esta bola de tejido orgánico, en la infancia, son vagos. Recuerdo que mis padres colocaban mi cama debajo de *ella*, en donde convergen las paredes y el techo, donde siempre ha estado, en el *tercer cuarto* del casón, al subir la escalera de caracol. Ese cuarto siempre ha sido un lugar oscuro, y ahí *ella* estaba presente, sobre mí, proyectando su sombra coniforme; a los once años fue cuando empecé a darme cuenta que por las noches me bañaba en un líquido extraño y dulce que, posteriormente, me inducía un sueño tan pesado que apenas podía sentirlo mojando mi cuello.

Fue hasta mis veinte años que dejé de dormir con *ella* allá arriba. Pasaba días sin regresar a casa hasta que finalmente decidí vivir fuera de ahí para habitar en las estaciones del metro. En esas ocasiones no podía diferenciar el día de la noche, pero podía intuir algo al observar cuánta gente subía y bajaba en determinados momentos. No sé si pasaron semanas, meses o años, confío más en que fueron años, mucho tiempo fue el que duré buscando escalones para salir de las estaciones, tras mi frustración decidía cruzar por las vías y sólo llegaba a otra estación, muchas veces a punto de ser arrollado y destazado por los vagones. Esto ocurrió indefinidamente. Sin poder dormir, sabía que necesitaba hacerlo pero no podía, fue ahí cuando comencé a odiarla, ¿me hizo adicto a sus fluidos, o solamente era la necesidad de verla sobre mí, acechando y esperando liberar su esencia? No podría afirmar cuál era mi diagnóstico, pero sí puedo garantizar que el hecho de querer verla de nuevo ya era una sed implacable.

Me desagrada narrar aspectos insignificantes, así que omitiré la parte de mi relato en la que logré salir de las laberínticas estaciones, a fin de cuentas estoy fuera y eso es lo que importa. Tampoco me interesa hablar mucho de personas, por lo que me reservaré igualmente de describir a las que me trajeron de vuelta al casón de mis padres, muertos hace buen tiempo, según me informaron.

Cuando entré, el polvo se levantaba a cada paso que ejecutaba, me dirigí sin pensarlo más de una vez a la escalera de caracol, la abordé y le provocaba vibraciones que no le eran comunes, como amenazando sobre su fragilidad.





Pronto me acostumbré a éstas y llegué al último piso, al tercer cuarto, entré y la encontré en ese rincón, sola, menos brillante, la toqué y sentí una aspereza nueva para mí, como pómez o alguna piedra cálcica.

II

La froto y la acaricio, tratando de quitar esa capa de dureza, pero temo que se pueda desprender de su rincón. Tomo la iniciativa de no molestarla más y me acuesto debajo de *ella*, supongo que el proceso será similar al de mi infancia y mi adolescencia, hay que acostarse, esperar a que emita el líquido y que caiga en mi frente, es más, esta vez incluso abriré la boca para que el efecto sea inmediato.

No creo poder soportar más tiempo, sigo sin dormir y la estúpida bola tislular no emite nada, ni una gota, ni gas, nada. El odio regresa y la amenaza: “¡Deja de joderme la existencia!”

Sé que no me escucha, como ya les había aclarado, así que coloco una cubeta invertida y apoyo las plantas de mis pies sobre su base, me acerco y, aunque esta vez sí lo pienso varias veces, deliberadamente la arranco de ahí. Quedan unos cuantos fragmentos adheridos al techo pero petrificados también. ¡Qué triste es verla seca! Es triste saber que no servirá más para mí; la tristeza es por mí, no por esa jodida bola.

La tomo entre mis brazos y me acuesto con *ella*, desahuciado, su cercanía me permite percibir su olor que me atrae, ya sea por el simple embrutecimiento animalizado de querer dormir o el arco reflejo de su presencia onírica. Algo es, pero ese olor me inclina hacia *ella* y con mi lengua humedezco su superficie, por uno y otro lado, y poco a poco va perdiendo su dureza, se torna flexible y mojada nuevamente, continúo con mi lengua y mis labios, de manera meramente sexual. Me retiro las ropas y me excita sentir su rugosidad jugosa uniéndose a mi pecho, a mi abdomen y a mi entrepierna, donde ya no es necesario sujetarla con las manos, parece tener movilidad propia y me estimula. Siento dolor y placer, siento sueño y vigilia, siento cuerpo y espíritu.

Este delicioso efecto de mi conjunción con *ella* jamás lo imaginé, el vigor que se inyecta en mis músculos lo siento emanar de mis poros, y a través de mi piel brotan las venas hacia *ella* y se encajan como los colmillos del murciélago; nos constituimos en un mismo ser, me cubre su cónica figura y me encierra entre sus fluidos tal vez para siempre. Oigo el metal de la escalera de caracol derrumbándose, siento los tubos vibrar, rayando casi en el borde de mis oídos, y me da satisfacción saber que no necesitaré más de esos escalones endebles. Me recluye, pero siento que puedo ver todo mientras duermo, veo el pasado y vislumbro el futuro, ¿quién habría especulado que mi odio era amor y que éste daría miles de frutos nutritivos y venenosos a la vez?



Muerte en vida III, Liliana Juárez Landeros

Poema inédito

a. e. QUINTERO

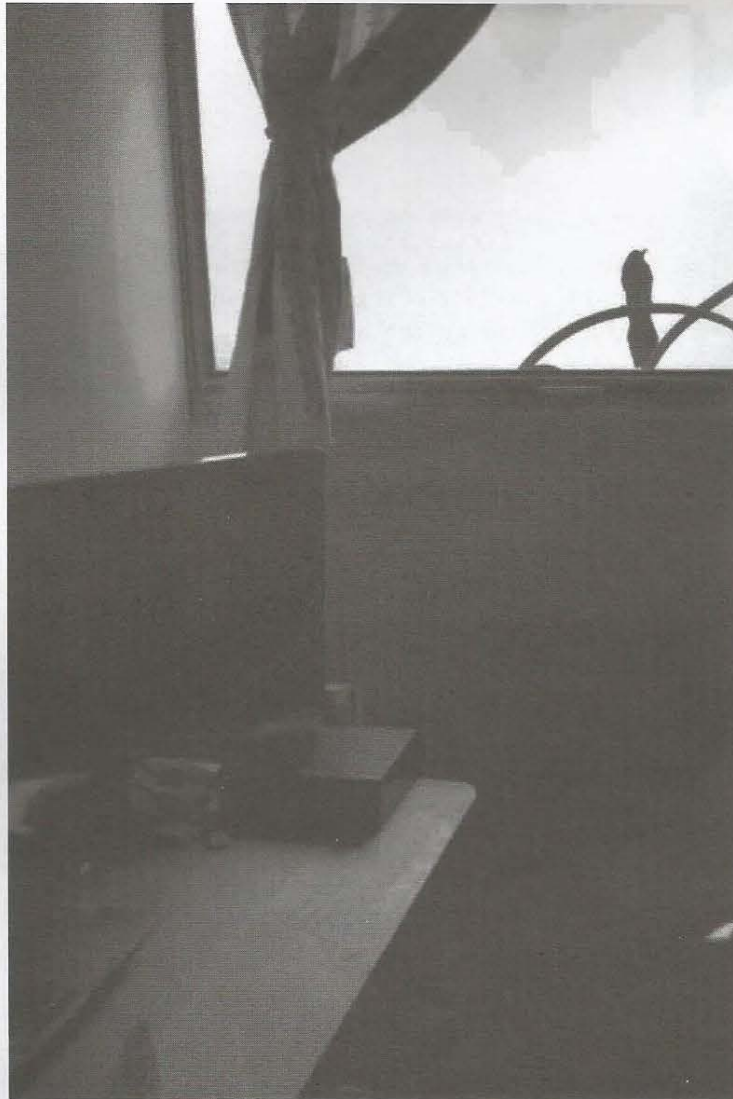
Intento decir algo
sobre las persianas que tanto odio
en este cuarto,
pero sólo pienso en lo bien
que hacen su trabajo,

en lo bien que duermen a los objetos y las sombras
cuando se hacen pasar –cerradas– por el invierno.
Y las cosas empiezan a decir sus cosas
en ese oscuro idioma de secretos.
Y la casa es más nuestra,
y es su oportunidad de estar guardada.

Quería escribir lo mucho que las detesto
y sólo me vienen a la cabeza
los besos que me das
cuando están cerradas y el mundo
no consigue este lado de la casa.

Abiertas, amanece
y estás a salvo de mis besos;
cerradas,
tus manos nunca están a salvo, ni tus besos.
Cerradas,
tu cuerpo no está a salvo de mi cuerpo.

Cómo hablar mal de estas persianas
que ponen la casa de mi parte.



Nunca más, Juan Daniel Mosqueda Esparza

sin título

Francisco Martínez

Estudiante de 7° semestre de la Licenciatura en Letras Hispánicas, UAA

Será
cuando la noche escurra por tus piernas/
a espasmos inseguros y a falta/
de interrogación/
con el mismo filo de tu vista
te abriré otra sombra en la piel/
el agravio/
más abúlico y preciso/
dejará tu boca entornada/
será como el resquicio del umbral/
desde ahora te revelo que
no soportarás el corte/
mellar tu carne/
surcarlo hasta encontrar la médula
y sus brotes/
devolverá a tu cuerpo
la causa de la supresión/

será como una arista en la noche/
como una *quasiexclamación*/
entonces me limitaré
ante tu vaina/
ni hasta luego no/ seguro que diré/
con un “ah” en el pensamiento/
solamente un “abur”/



La luz, ARTURO César Gómez ABURTO



Ángel 1, Sandra Fernández



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

PIROCROMO
Revista estudiantil